

LAS FECHAS DEL *PERSILES*

Sobre la fecha del *Persiles* existe una opinión casi unánimemente compartida por los cervantistas: esta novela, publicada póstumamente (1617), es la última escrita por Cervantes, que no pudo comenzarla antes de 1609. Dejamos a un lado las opiniones de Max Singleton, para quien “el *Persiles*, o por lo menos mucho de él, precede a *La Galatea* en sus buenos 10 o 15 años”¹. Nadie la ha aceptado y nosotros mismos la hemos rebatido en sus puntos básicos en un trabajo anterior². Por otra parte, Entwistle llegó a afirmar que “it would seem that Cervantes swept the contents of his note-books into this compendious frame”, juicio que no elaboró y que, en su escueta enunciación, deja un buen número de problemas implícitos e irresolutos³. Que sepamos, sólo Dámaso Alonso ha aprobado este punto de vista⁴.

Fuimos nosotros, en el trabajo citado, quienes primeramente anunciamos la suposición que aquí vamos a desarrollar y que allí compendiamos afirmando que “hay partes escritas en los últimos meses de vida del escritor, partes antes del *Quijote I* y partes hechas después de éste, aunque, por supuesto, todas escritas en sucesión”. A continuación de estas palabras hubimos de citar otras de V. Tarkianen, quien mu-

¹ *El misterio de Persiles*, en *Realidad: Revista de Ideas*, t. II, 1947, págs. 237-253. Apareció este trabajo en inglés en M. BERNARDETE y A. FLÓREZ, *Cervantes Across the Centuries*, New York, 1947.

² *El olvido del Persiles*, en *Boletín de la Real Academia Española*, t. XLVIII, 1968, págs. 55-75.

³ WILLIAM J. ENTWISTLE, *Cervantes*, Oxford, 1940, pág. 176.

⁴ “Es posible que Cervantes tuviera unos trozos redactados hacía mucho tiempo, que luego retocaría y completaría, desde algún tiempo antes de 1613, año en el que, en el *Prólogo* de las *Novelas ejemplares*, anuncia por primera vez el *Persiles*” (*sub voce* CERVANTES en la *Gran enciclopedia del mundo*, Bilbao, editorial Durvan, 20 tomos).

cho antes había dejado caer, sin fundamentarlo, este importante juicio: "Ce roman d'aventure publié en 1617 nous paraît être le résultat d'un travail littéraire exécuté à deux reprises. La première partie date d'une période antérieure à *Don Quijote*, c'est-à-dire, d'environ 1599-1603; la seconde, commencée peut-être déjà en 1612, n'a été achevée qu'en 1615-1616, juste avant la mort de l'auteur"⁵.

Admitiendo en lo substancial nuestros puntos de vista, Avalle-Arce sale ahora a la palestra para echar, como él dice, su cuarto a espadas sobre este espinoso problema. Para él, "hubo un período creativo de 1599 a 1605, que correspondió a los dos primeros libros". ¿Y la fecha de los dos últimos? Según él, "cae entre 1612 y 1616". Los juicios que ofrece este ilustre cervantista, referentes tanto a sus nuevas razones como a las que acepta nuestras, recibirán la debida atención a lo largo de estas páginas⁶.

Pero antes de seguir adelante debemos llamar la atención sobre unas diferencias fundamentales entre Tarkianen y Avalle-Arce, por un lado, y nuestra tesis, por otro. En primer lugar, ninguno de estos dos eruditos habla de un período de composición entre 1606 y 1609. El año de 1599 que dan como el de iniciación de la novela, en segundo lugar, no creemos que esté fundamentado. La fecha de 1612, en fin, que Avalle-Arce da como la de reiniciación del *Persiles* (y que Tarkianen palia con un "quizás") tampoco puede fundamentarse.

Si miramos con atención las bases en que se apoyaron los cervantistas para fechar el *Persiles* después de 1609, observa-

⁵ *Quelques observations sur le roman Persiles y Sigismunda de Miguel de Cervantes*, en *Neuphilologische Mitteilungen*, t. XXII, 1921, pág. 41.

⁶ Son dos los trabajos de este cervantista los que aquí manejaré, ambos inéditos. Uno es la introducción a su edición del *Persiles*, que en estos momentos se halla en las prensas de la editorial Castalia. El otro es un capítulo de la *Suma cervantina* que prepara con EDWARD RILEY y en la que colaborarán firmas conocidas. Me referiré a ellos llamándolos *Introducción* y *Suma*. Me es muy grato expresarle públicamente mis más expresivas gracias.

remos que son tres: una, la fecha de la expulsión de los moriscos, a la que Cervantes alude en el libro III, cap. xi, acontecimiento ocurrido en ese año; otra es la fecha de los *Comentarios* del Inca Garcilaso, publicados también ese año, libro que, según se dice, Cervantes usó con profusión; la tercera, por último, parecen ser los propios testimonios del autor, quien menciona esta su novela en 13 de julio de 1613 en el prólogo de las *Novelas* (“Te ofrezco *Los trabajos de Persiles*, libro que se atreve a competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos a la cabeza”); luego, en 1614, en el *Viaje del Parnaso* (terminado ya en 1613, pues se menciona como completado en el sobredicho prólogo), donde Cervantes hace la importante afirmación de estar “puesto a pique / para dar a la estampa el gran *Persiles*”; más tarde en la dedicatoria de las *Comedias*, fechada en 1615 (“luego irá el gran *Persiles*, y luego las *Semanas del jardín*, y luego la segunda parte de *La Galatea*”); finalmente, en la dedicatoria del *Quijote II* (31 de octubre de 1615), con unas palabras de extremado valor para el crítico: “Con esto me despidió, ofreciendo a Vuestra Excelencia *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro a quien daré fin dentro de cuatro meses”.

Debemos observar que antes de 1914, año en que Schevill y Bonilla publicaron su edición de la novela, no se habían esgrimido más que los testimonios cervantinos, es decir, no se había tratado de corroborar con otras razones la fecha tardía del *Persiles*. Corresponde, pues, a estos eruditos todo el mérito y el demérito respecto a la divulgación de esa fecha, que los cervantistas han seguido sin ponerla en tela de juicio ni robustecerla con investigaciones.

Creemos que existen motivos suficientes para impugnar esta creencia. Y no sólo para impugnarla, sino para sostener también que Cervantes laboró esta novela en distintas etapas. Sin pretender ser dogmáticos, como no lo puede ser quien se haya aventurado medianamente en el laberinto cervantino, las razones para apoyar tal tesis ofrecen un sesgo favorable para ser presentadas a la consideración del público.

Comenzando por las afirmaciones de Cervantes, digamos que la del prólogo a las *Novelas* nos indica sólo que el libro estaba ya bien crecido en esa fecha, opinión que ratifica la del *Viaje del Parnaso*, donde nos dice que está a punto de darlo a la estampa. La mención que hace de la novela en la dedicatoria de las *Comedias* de nada nos sirve para fecharla, aunque sí la de la dedicatoria del *Quijote*; en ésta Cervantes promete darle fin “dentro de cuatro meses”. Deseamos indicar, ante todo, que estas afirmaciones en nada denotan que el *Persiles* se emprendiera después de 1609, ni tampoco que estuviera trabajando en él hacia 1612; esto debe quedar bien claro. Lo único que nos dicen es, en principio, que el último libro (o quizá gran parte de él o quizá todo él más parte del tercero) se escribió en los últimos cuatro meses de vida del escritor. También nos dicen algo que ha pasado inadvertido, y ello es que, si en 1613 (fecha del *Viaje* cuando menos) está Cervantes puesto a pique para dar su novela a los tórculos y en 31 de octubre de 1615 (dedicatoria del *Quijote II*) todavía le quedan cuatro meses para rematarla, el escritor ha pasado dos años largos, *c u a n d o m e n o s*, sin enfrentarse con su obra; el estar a pique de darla a la estampa no puede significar sino que pensaba terminarla inmediatamente o que la iba a dejar sin ese cuarto libro; como esta última suposición no es verosímil, hay motivo para pensar que Cervantes no tocó su *Persiles* en esos dos años. Este hecho, de por sí, ya da pie suficiente para hablar de dos épocas distintas de redacción.

Asentada la fecha de las últimas páginas del libro (y no creemos que se pueda especificar más) entre el 31 de octubre de 1615 y el 23 de abril de 1616, en que muere Cervantes, ¿qué otras fechas pueden asignarse a las restantes?

Prosiguiendo retroactivamente, comencemos por el libro tercero. En éste existe un dato que incontrovertiblemente nos da la fecha *a quo* del pasaje en que aparece; es el que se refiere a la venida de la Corte a Madrid realizada por el “gran

Felipe tercero" (III, vi, 69)⁷. Como esto aconteció en 1606, nada de lo escrito después de esa línea puede ser anterior a esta fecha; por supuesto que no podemos tomar en consideración el que esto pudiera ser un retoque o una interpolación, pues no habría investigación que resistiera este tipo de objeciones gratuitas⁸. Ahora bien, ¿existe alguna forma de determinar una fecha *ad quem* en ese tercer libro? Creemos que la hay, en efecto, y ello en la escena de la *razzia* berberisca, en la que se nos habla en tono profético de la expulsión de los moriscos; por paradójico que suene, teniendo en cuenta el carácter literario de la profecía, bien pudiera ocurrir que este pasaje se hubiera escrito con anterioridad a la expulsión. Debemos advertir que en nada afectaría al meollo de nuestra tesis el que Cervantes esté hablando aquí antes o después de 1609, pero no podemos menos que detenernos en exponer la probabilidad de que lo esté haciendo antes.

Pero vayamos primero a las páginas de Cervantes.

La escena de la *razzia* berberisca se nos describe en el capítulo XI del tercer libro, en el que aparece la comitiva de nuestros héroes en un lugar de moriscos del reino de Valencia. Allí los reciben hospitalariamente un anciano morisco, que los acoge en su casa, y la hija de éste llamada Rafala. Esta última, en un descuido del padre, advierte a los peregrinos de la traición que les prepara éste, pues aquella misma noche se esperan dieciséis bajeles de corsarios berberiscos que se han de llevar "a toda la gente de este lugar con todas sus haciendas". La buena morisca les aconseja que se acojan a la iglesia, donde les ampararán el cura y el escribano, únicos cristianos viejos del lugar, así como un tío suyo llamado el jadraque Xarife, "moro sólo en el nombre, y en las obras cristiano". El cura los acoge afectuosamente, invitándoles a abrigarse en la torre. A esta

⁷ Citaremos siempre por la ed. de Schevill y Bonilla, Madrid, 1914, pero de esta forma, además de modernizar la ortografía: libro, capítulo, página. Quienes no la tengan a mano pueden así consultar otra.

⁸ Esta peregrina idea se le ocurrió a Singleton. Ante la rotundidad de un dato tal, este escritor no encontró más salida que mutilar el texto. A Felipe III lo convirtió en II, achacando el cambio nada menos que al impresor.

escena se halla presente el jadraque, que soltará la siguiente parrafada:

¡Ay! ¡Cuándo llegará el tiempo que tiene profetizado un abuelo mío, famoso en el astrología, donde se verá España de todas partes entera y maciza en la religión cristiana! [...] Este mi abuelo dejó dicho que cerca de estos tiempos reinaría en España un rey de la Casa de Austria, en cuyo ánimo cabría la dificultosa resolución de desterrar los moriscos de ella [...] Ven ya, ¡oh, venturoso mozo y rey prudente!, y pon en ejecución el gallardo decreto de este destierro, sin que se te oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente, y el de que no será bien la que en efecto está en ella bautizada; que, aunque éstos sean temores de consideración, el efeto de tan grande obra los hará vanos, mostrando la esperiencia dentro de poco tiempo que, con los nuevos cristianos viejos que esta tierra se poblare, se volverá a fertilizar y a poner en mucho mejor punto que agora tiene. Tendrán sus señores, si no tantos y tan humildes vasallos, serán los que tuvieren católicos, con cuyo amparo estarán estos caminos seguros y la paz podrá llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleven.

Una vez cerradas las puertas de la iglesia y reforzadas con los bancos, se suben todos a la torre armados. Después de la medianoche aparecen los bajeles y comienzan a cargar personas y enseres, sin que aproveche el llamamiento que el cura hace con las campanas a los atajadores de aquellas costas. Los moros prenden fuego al lugar y a las puertas de la iglesia, derriban una cruz de piedra y hácense de nuevo a la mar en medio de una clamorosa alegría. Pasado el susto, se unen Rafala y el escribano al cura, los peregrinos y el jadraque. Este larga ahora otra parrafada similar a la anterior:

¡Ea, mancebo generoso! ¡Ea, rey invencible! Atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes y déjanos a España tersa, limpia y desembarazada de esta mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba. ¡Ea, consejero tan prudente como ilustre, nuevo Atlante del peso de esta monarquía, ayuda y facilita con tus consejos esta necesaria transmigración! ¡Llénense estos mares de tus galeras, cargadas del inútil peso de la generación agarena! ¡Vayan arrojadas a las contrarias riberas las zarzas, las malezas y las otras yerbas que estorban el crecimiento y la fertilidad y abundancia cristiana! Que si los pocos he-

breos que pasaron a Egipto multiplicaron tanto que en su salida se contaron más de seiscientas mil familias, ¿qué se podrá temer de éstos, que son más y viven más holgadamente? No los esquilman las religiones, no los entresacan las Indias, no los quintan las guerras; todos se casan, todos, o los más, engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicación y aumento ha de ser innumerable. ¡Ea, pues, vuelvo a decir, vayan, vayan, señor, y deja la taza de tu reino resplandeciente como el sol y hermosa como el cielo!

Una lectura, ni siquiera atenta, de estas páginas nos dice en seguida que el escritor en ningún momento da la expulsión como realizada, según ya opinó Singleton; no hace más que expresar su vehemente deseo de que así ocurra. González de Amezúa vio este pasaje de la misma forma, aunque decía ignorar “por qué razones Cervantes simula que no ha ocurrido aún”⁹. Sin embargo, ¿podría ser que Cervantes no simulara nada, sino simplemente que al escribir esas páginas no había salido aún el decreto de 1609? Obsérvese que el jadraque urge al rey a poner en ejecución el decreto y es cosa sabida que ya se había decidido éste varios años antes de su publicación y ejecución, aunque diversas causas hicieron que se demoraran ambas. Y es también sabido el que, a pesar del secreto en que se guardó, llegó esta decisión a conocimiento del pueblo, pues consta que muchos moriscos decidieron marcharse a Francia ya en 1608. Por si fuera poco, Cervantes no habría de requerir de los gobernantes el poner en ejecución un decreto que se publicó el 22 de septiembre de 1609 y que se ejecutó tres días después, pues éste era el plazo que se dio a los moriscos valencianos — primeros a quienes se aplicó — para abandonar España¹⁰. El propio González de Amezúa, envuelto en un mar de dudas, agregaba una curiosa afirmación que contradice la anterior: “La coincidencia de este pronóstico del *Persiles* con una carta del Ldo. Molina es muy curiosa y prueba que Cervantes no hacía más que recoger el ambiente general”. Buscada la carta a que se refiere este in-

⁹ En *Cervantes, creador de la novela corta*, II, Madrid, 1958, pág. 437.

¹⁰ Consúltese, por ejemplo, RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA, *Historia de España y de la civilización española*, t. III, Barcelona, 1913, pág. 221.

vestigador, que está escrita por ese morisco granadino a un caballero de Trujillo, dice así:

Y no piense V. Merced ha sido en mano del Rey de España el habernos desterrado de su tierra, pues ha sido inspiración divina, porque aquí he visto pronósticos de más de mil años en que cuentan lo que de nosotros ha sucedido y ha de suceder; y que nos sacaría Dios de esa tierra y que para esto pondría Dios en el corazón al Rey y a sus consejeros el hacer esto; y que moriría gran parte de nosotros por mar y tierra, y en fin todo ha sucedido. Pero que el más mínimo agravio lo tomaría Dios por su cuenta y enviaría un rey que sojuzgaría todo el mundo con sola la palabra de Dios, contra el cual no valdría cerca ni artillería. Y otras muchas cosas que dejo por acortar palabra. Y otro pronóstico he visto de un astrólogo de Valencia, que han traído de allí de España de este año ¹¹.

La profecía que hace el abuelo del jadraque en el *Persiles* podría ser, pues, una más de las que corrían de boca en boca en Argel, donde será innecesario recordar que Cervantes estuvo cinco años. Descartemos de seguida el carácter sobrenatural de estos pronósticos, pues no era necesario ser profeta para predecir un hecho histórico que venía madurando desde muchos años antes en la conciencia del pueblo, en la Iglesia y en los altos niveles de la política española. La profecía del abuelo del jadraque — obsérvese que ni siquiera es éste quien la hace — era, pues, cosa quizá archisabida por todos.

Que la profecía cervantina corría también tierras españolas lo demuestra asimismo otro hecho, al parecer más peregrino, que encontramos en la *Historia* de Modesto Lafuente. Se cumplió con la expulsión, nos dice,

la profecía de un humilde fraile, el padre Vargas, que predicando en Ricla el mismo día del nacimiento de Felipe III, conminaba a los moriscos aragoneses con las siguientes palabras: "Pues que os negáis absolutamente a venir a Cristo, sabed que hoy ha nacido en España el que os habrá de arrojar del reino" (XV, 366).

Tampoco hay que ver aquí ningún carácter sobrenatural en el pronóstico del Padre Vargas. Nacido Felipe III en

¹¹ Impresa en FLORENCIO JANER, *Condición social de los moriscos en España*, Madrid, 1857, págs. 350-351. La carta está fechada en Argel en 25 de julio de 1611.

1578, es decir, ocho años después de terminar la sangrienta rebelión morisca, la expulsión sería algo que se consideraba ya, si no inminente, al menos cuestión de años. Acaso Cervantes no hacía, pues, sino dar forma literaria a una corriente de opinión pública que la presumida proximidad del decreto hacía aún más viva. Algo así, si lo equiparamos a nuestra historia presente, como augurar la devolución de Gibraltar en el momento apropiado.

Esto por lo que toca a la profecía del abuelo del jadrake. A la vista de los testimonios del licenciado Molina y el Padre Vargas, quizá no se trate de un vaticinio *post eventum*, sino *ante eventum*. Por lo demás, la profecía no presenta el carácter inequívoco que ofrece la *vaticinatio* en tantos otros textos literarios; en ellos siempre queda fuera de toda duda que lo profetizado ha ocurrido ya. Más que una profecía, pues, lo que aquí parece que tenemos es un mero pronóstico expresado en un momento propicio.

Donde Cervantes se explaya, sin embargo, es en el análisis de las ventajas y desventajas que ocasionaría el destierro de los moriscos. De entre las segundas destaca las dos siguientes: una, el que la tierra quedaría despoblada; otra, el que no sería justo para aquellos moriscos que estaban ya cristianizados. (Que Cervantes no conocía los detalles del decreto, probablemente por no haberse publicado todavía, lo demuestra este último punto, pues entre los exceptuados del destierro se hallaban los cristianizados)¹². Aunque estas desventajas son de consideración, las ventajas serían más, pues la tierra, en primer lugar, se volverá a poblar de cristianos viejos, los cuales la fertilizarán de nuevo; en segundo lugar, aunque los señores posean menos vasallos — fue la nobleza, por cierto, la que más se opuso a la expulsión —, los que tuvieren serán católicos; éstos, en tercer lugar, ampararán los caminos, por donde se podrá transitar sin temor a los salteadores moriscos (indiquemos de paso que esto fue particularmente frecuente al conocerse la inminencia del decreto); en último lugar, se cortará de sano la multiplicación de ellos. Ahora

¹² ALTAMIRA, *op. cit.*, pág. 222.

bien, si Cervantes está exponiendo estas ideas una vez realizado el destierro, ¿qué razón de ser tiene este análisis? Hablar de desventajas, sobre todo cuando la situación es irreversible, parecería más bien una insensatez. ¿No parece más razonable pensar que Cervantes pone su pluma al servicio de su república para apresurar la solución de un problema que hería la conciencia del país? El que dramatice sus ideas *in vitro* mediante la narración de un caso *in vivo* no parece sino mostrar su deseo de ejemplificarlas para así lograr una resonancia más amplia. La voz de Cervantes aquí es una más en el enorme coro de los que pedían el destierro, pues, como un escritor ha dicho, “esta medida de la expulsión fue universal y clamorosamente pedida a nuestros gobernantes en toda España por los Procuradores en Cortes, por los políticos, arbitristas y escritores de todo género, sin que se levantase una sola voz en contra de este universal deseo”¹³. Es esto demasiado conocido para acaparar más testimonios. ¿Qué razón de ser tendría, pues, el que Cervantes expusiera sus opiniones sobre cómo remediar un problema que ya había sido solucionado por la Corona años antes y sobre el que infinidad de personas, muchos escritores entre ellas, ya habían opinado? Si se tratara de un artificio literario, ¿por qué no presentarlo en forma indubitable? ¿Por qué presentar sus palabras, en cambio, como un alegato?

Dos obras de Cervantes, donde vuelve a tratar del problema de los moriscos, vienen a apoyar nuestro punto de vista. En una, que es la segunda parte del *Quijote*, el tono con que Cervantes se refiere a este hecho histórico no puede ser sino distinto al del *Persiles*. En ese pasaje, el morisco Ricote cuenta a Sancho los infortunios a él acaecidos desde que abandonó España en busca de nueva patria. Después de estar en Francia e Italia, resolvió asentarse en Alemania; separado de su familia, que, según él, se encuentra en Argel, vuelve ahora a España disfrazado de peregrino para desente-

¹³ AMEZÚA, *ib.*, t. II, pág. 436. Esta afirmación es un tanto exagerada. Además de algunos nobles —por razones prácticas—, hubo algunas voces valientes que condenaron la expulsión.

rrar un tesoro que dejó a su huida. Aquí ya no habla Cervantes de ventajas o desventajas de la expulsión, y mucho menos con odio a la raza enemiga. Prescindiendo de toda la mala filosofía vertida sobre la actitud de nuestro escritor hacia los moriscos, quedan en pie sólo los textos. En éste del *Quijote*, Cervantes ve la expulsión por los ojos de Ricote, esto es, como un novelista y un ser humano, no como un patriota, y por esta causa las palabras del morisco nos suenan tan patéticas. Conocidas ya las atrocidades cometidas contra los moriscos, es lógico que Cervantes mire la cruel realidad con sus ojos siempre benévolos. No puede ocurrir así en el *Persiles*, donde por desgracia habla el español de su tiempo, nos guste o no nos guste su actitud en el nuestro. No hay, pues, que perdonarle a Cervantes nada, sino tan sólo situar los textos en su fiel cronología.

Del mismo tono que el pasaje del *Persiles* se encuentra otro en el *Coloquio de los perros*, obra que a todas luces, como la casi unánime opinión de la mejor crítica propone, se escribió antes de 1609¹⁴. En esas páginas llega Cervantes a repetir varias de las ideas, casi con las mismas palabras, expuestas en el *Persiles*, sobremanera la referente al creciente número de los moriscos:

Todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generación. No los consume la guerra ni ejercicio que demasiadamente los trabaje [...] De los doce hijos de Jacob, que he oído decir que entraron en Egipto, cuando los sacó Moisés de aquel cautiverio salieron seiscientos mil varones, sin niños y mujeres. De aquí se podrá inferir lo que multiplicarán las de éstos, que sin comparación son en mayor número¹⁵.

A esta perorata el perro Cipión comenta:

¹⁴ Véanse N. ALONSO CORTÉS, *Cervantes en Valladolid*, Valladolid, 1918; J. FITZMAURICE-KELLY, *The Exemplary Novels*, Glasgow, 1902, y FRANCO MEREGALLI, *Le Novelas ejemplares nello svolgimento della personalità di Cervantes*, en *Literature Moderne*, t. X, 1960, págs. 334-351, entre otros.

¹⁵ Pág. 318 de la ed. de F. Rodríguez Marín en *Clásicos Castellanos*.

Celadores prudentísimos tiene nuestra república que, considerando que España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios hallarán a tanto daño cierta, pronta y segura salida.

De no existir otros datos para fechar el *Coloquio*, ¿no bastaría éste? ¿Puede hablarse aquí de artilingio literario? ¿Cómo podría defenderse la idea de que el destierro ya ha ocurrido? Estos tres textos, nos parece, nos están queriendo decir algo. Puestos en su justa perspectiva, vienen a reconciliar esta aparente contradicción cervantina, que los cervantistas a ultranza no siempre han resuelto bien.

Debemos recordar antes de seguir adelante que la alusión a la venida de la Corte a Madrid se halla en el capítulo vi de este tercer libro, mientras que la descripción de la *razzia* berberisca termina en el capítulo xi. En qué fechas se escribieran los cinco primeros y los posteriores al xi nos es imposible determinarlas, si bien no existe nada para pensar que se hicieran en otras fechas; la armonía de este tercer libro es muy grande, tanto en calidad como en tono y personajes.

De todas formas, que el capítulo iii — por lo menos — parece que fue escrito después de 1606 creemos hallarlo confirmado en un dato que encontramos en la historia de don Diego de Parraces, a quien se le descubre en el cadáver un documento que da el nombre de su asesino, documento que “a toda diligencia despachó el corregidor a Madrid, donde con la justicia se hicieron las diligencias posibles buscando al matador” (III, iii, 45-46). Es decir, se envía el papel a Madrid, no a Valladolid. Y que en Madrid estaba la Corte es evidente a juzgar por el propio documento, en el que Parraces dice que él salió “de la corte de Su Majestad” con el matador; es allí, pues, donde éste vive y donde hay que buscarlo. Poco después de este episodio, se vuelve a insistir en Madrid, “donde a la sazón estaba la Corte” (III, viii, 83).

Una parte del libro III del *Persiles*, y probablemente todo él, parece, pues, que se redactó entre 1606 y 1609.

Retrotrayéndonos ahora a los dos primeros libros, se ha creído que fueron escritos después de 1609 por el uso que hace

Cervantes en ellos —especialmente en el primero— de los *Comentarios* del Inca. Esta especie, sin ningún fundamento, ha calado hondo en la crítica toda, que no ha reflexionado sobre ello. Es a Singleton a quien corresponde la iniciativa de haber disentido de ella; ahora Avalle-Arce, en sus dos trabajos citados, se muestra de la misma opinión que Singleton.

Según Schevill y Bonilla, lo que Cervantes toma del Inca es lo siguiente: a) la aventura de Pedro Serrano, que se refleja en la de Antonio en el *Persiles* (I, v-vi), y b) la alusión a las siguientes costumbres de los bárbaros: 1) la práctica de sacrificios humanos en los que se saca el corazón a las víctimas (I, II y IV), 2) el uso de vestidos de pieles (I, IX, 63), 3) el derecho de pernada (I, XII, 86), 4) el empleo de venenos y hechizos para matar o sacar a alguien de su juicio (II, XI; IV, IX), 5) el hacer fuego frotando dos palos (I, IX, 68), y 6) el uso de cuchillos y navajas de pedernal (I, IV, 26). Es muy curioso, sin embargo, que varias de esas costumbres —vestidos de pieles, sacrificios humanos, cuchillos y navajas de pedernal, el derecho de pernada— las señalen los dichos cervantistas en otros historiadores de Indias¹⁶, cuyas obras se publicaron muchísimo antes de 1609, sin contar con que el Inca saqueó a diestro y siniestro¹⁷; la presencia del Inca en esos datos es, por lo tanto, totalmente imposible de demostrar. De esas cuatro costumbres hay una, con todo, que presenta cierta conexión con Garcilaso y es la del derecho de pernada o el *ius primae noctis*. Tanto el Inca como Cervantes dicen, con las mismas palabras, que lo practicaban los “parientes más cercanos” del novio (I, XII, 86). Pero no creemos que tres palabras nos den incontrovertiblemente una fuente, sobre todo teniendo en cuenta que en *El libro de las costumbres de todas las gentes del mundo* (Anvers, 1556), de Francisco Tamara, a quien se dice que Cervantes leyó para otros pasajes de su novela, se habla de esta odiosa costumbre con las siguientes palabras: “Maravillosa es

¹⁶ Págs. xxvi-xxvii de la introducción a su edición citada.

¹⁷ Los propios SCHEVILL y BONILLA así lo reconocen: “Garcilaso copió bastante de otros historiadores (como Cieza de León, Gómara, Acosta, Agustín de Zárate y otros), sin especificar nunca sus fuentes, y así es su obra un zurcido de consejas y de relatos verídicos” (*ib.*, pág. xxvii, n.).

la costumbre que guardaban [los habitantes de las Baleares] en sus bodas: hacían ciertos convites con sus parientes y amigos, y todos los mayores según la edad conocían primero a la desposada, y el último que llegaba a ella era el desposado" (fol. 31 rto.). Por lo demás, Tamara vuelve a hablar de esta costumbre otras tres veces, por lo menos, en su libro, refiriéndose ahora a Santo Domingo, las Canarias y Panamá. También hablaron de ello Cieza de León y muchos otros autores de la Antigüedad¹⁸. Recordamos haber leído lo mismo en la conocida *Silva* de Pero Mexía. Por nuestra parte, creemos que es arriesgado señalar una fuente concreta para Cervantes — incluyendo la de Tamara — a la vista de la abundancia de textos¹⁹.

Respecto a lo que Schevill y Bonilla no señalan como también presente en otros historiadores de Indias, dando al parecer a entender que se encuentra sólo en el Inca, digamos que es lo siguiente: la aventura de Pedro Serrano, el empleo de venenos y hechizos y el frotar dos palos para hacer fuego. Ahora bien, esto último se encuentra muy detalladamente descrito en, por ejemplo, el citado libro de Tamara (fol. 260 vto.), aunque esta referencia es innecesaria si nos preocupamos de leer el pasaje de Cervantes, quien nos dice que es "artificio tan sabido como usado" (I, ix, 68). El segundo dato es sumamente impreciso y se encontrará en multitud de

¹⁸ Sin ir más lejos, basta consultar el *Espasa* bajo la voz PERNADA.

¹⁹ Debemos citar en su integridad la nota de AVALLE-ARCE sobre este punto: "Este *ius* ya lo había descrito Johann Boehme (Boemus, Bohemus) en su *Repertorium... de omnium gentium ritibus* (1520), obra que había sido adaptada al español por el erasmista FRANCISCO THÁMARA, *El libro de las costumbres de todas las gentes* (Amberes, 1556) (W. D. HOWARTH, *Cervantes and Fletcher: A Theme with Variations*, *MLR*, t. LVI [1961], págs. 563-566, supuso erróneamente que Boehme era la fuente cervantina). Es significativo que Thámara, aunque atribuye la costumbre a los habitantes de las Baleares (como su fuente Boehme), lo hace en un capítulo, el VIII, donde se describen largamente costumbres irlandesas, que es precisamente la patria del *ius primae noctis*, según el *Persiles*. También Thámara describe el *barnaclas*, fabulosa ave que Cervantes acoge en el mismo capítulo de su novela. Los paralelos entre Thámara y Cervantes merecen estudiarse despacio. De todas maneras, el Inca Garcilaso no tuvo que ser la fuente ineludible de Cervantes en el episodio del *ius primae noctis*. El erasmista Thámara parece fuente mucho más probable" (*Suma*).

autores — no olvidemos tampoco que es un motivo folclórico —, pero nos limitaremos a indicar su presencia en Heliodoro, como el propio Schevill señaló en su trabajo — anterior a la edición — sobre la influencia de este autor en el *Persiles*²⁰. En lo que toca a la aventura de Pedro Serrano, esto va más allá de lo razonable. Estas páginas del Inca son demasiado conocidas para resumirlas aquí; baste decir que el Antonio del *Persiles* no llega a una isla deshabitada, sino a una donde existe una sociedad, si bárbara, bastante compleja; ni permanece en ella tres años, sino por lo menos quince; ni la isla carece de agua, ni mucho menos de leña, pues hay un exorbitante incendio; por si fuera poco, se casa con una indígena y tiene dos hijos de ella, adoctrinando a todos tres en su fe católica. Estos casos no fueron infrecuentes durante la Conquista — baste mencionar la historia de Aguilar que nos cuenta Hernán Cortés — y esto lo sabía todo el mundo; lo infrecuente era la aventura de Serrano y es por ello, y no por sus méritos literarios, por lo que aún hoy siguen publicándola las antologías.

Sin necesidad de revolver bibliotecas, nos parece que lo dicho alcanza para probar la presencia de Garcilaso como inexistente. A título personal, creemos que todo lo que parece provenir de los historiadores de Indias no reconoce fuente alguna. Ninguno de esos detalles tiene sabor libresco y bien pudo aprenderlos Cervantes, algunos incluso desde muy joven, por comunicación oral; no olvidemos que nuestro escritor fue navegante por el Mediterráneo y paseante por España e Italia, y también que debió de hablar con gentes que habían estado en las Indias — él mismo soñó con ir a ellas —, gentes como el propio Ortel Banedre de su *Persiles*, que ha estado “quince años” allí (III, vi, 69). Ninguno de esos datos es tan raro ni tan nuevo como para no conocerlo cualquier persona después del fabuloso suceso del Descubrimiento.

²⁰ RUDOLPH SCHEVILL, *Studies in Cervantes*, II. *The question of Heliodorus*, I. *Persiles y Sigismunda*, en *Modern Philology*, t. IV, 1907, págs. 677-704.

No desearíamos pasar por alto otro hecho que no mencionamos al principio por evitar confusionismos en la metodología de este trabajo: es la presencia de Plinio en el *Persiles*. Aunque nunca se haya explícitamente apoyado la crítica en ello para fechar la novela, es evidente que tácitamente sí lo ha hecho. ¿Por qué la presencia de Plinio ha de indicar una fecha del *Persiles*? Sencillamente porque en esta novela (I, XVIII, 117) existe algo que, según se dice, proviene del libro VIII de la *Historia naturalis* y este libro fue trasladado al español en 1599 por Jerónimo de Huerta, de quien se dice proceder el pasaje cervantino.

Aclaremos este delicado punto.

Fueron Schevill y Bonilla quienes primero señalaron esta vinculación, aunque no se sirvieron de ella para fechar la obra. La opinión de ambos parece ser que la aceptó Tarkianen, pues la fecha de 1599 que da como la de comienzo de la novela no puede basarse sino en ese dato. Y ahora Avalor-Arce la incorpora a sus dos trabajos citados²¹.

Ahora bien, existen cuatro razones, cuando menos, para hacernos pensar que Cervantes *pudo* no tomar sus noticias de la traducción de Huerta.

En primer lugar, poseemos testimonios de que a Plinio se le cita, precisamente de ese libro VIII, en literatura española antes de aparecer ese traslado. Sirva sólo un botón de muestra: Lope de Vega en la *Arcadia*, publicada en 1598²². Esta razón no es, por supuesto, concluyente — Lope no consulta a Plinio directamente ni en traducción sino a través de Castriota²³—, pero viene a indicar que si Lope cita a Plinio, bien pudo haberlo hecho Cervantes también antes de la traducción española; luego vemos por qué medios.

²¹ "La erudita nota que pusieron a ese pasaje Schevill-Bonilla demostró que el novelista no manejaba el original latino, sino la traducción española de los libros VII-VIII hecha por el licenciado Jerónimo de Huerta, que había salido en Madrid, 1599" (*Suma*).

²² B. A. E., t. XXXVIII, págs. 110a-111b.

²³ EDWIN S. MORBY, *Constantino Castriota in the Arcadia*, en *Homage to John M. Hill*, Indiana University, 1968, págs. 201-215.

La segunda razón no es factual; apela al sentido común. El pasaje en que aparece la cita del libro VIII de Plinio posee abundancia de otros datos 'científicos', todos con un común denominador: versan sobre metamorfosis de seres humanos en lobos. Sobre esto ya habíamos afirmado en nuestro trabajo sobre *El olvido del Persiles* que "el largo pasaje sobre los animales que se crían en Inglaterra, la manía lupina y el *lupo mannaro* (I, XVIII, 116) muestra bien la confusión existente a este respecto [el estudio de las fuentes]; no es verosímil que Cervantes redactara ese párrafo después de consultar varios libros". Es decir, si Cervantes hubiera tomado ese fragmento de información del libro de Huerta, hubiera tomado también el resto. Si recordamos los métodos de trabajo cervantinos (pasajes robados de Equicola, por ejemplo, en *La Galatea*), o en general de cualquier otro autor (verbigracia, pasajes de León Hebreo en *La Diana* de Montemayor, por no mencionar los robos globales característicos de Lope de Vega), hay que admitir la improbabilidad de que el escritor se dé a la tarea de consultar varios libros científicos para construir su mosaico erudito. O todo viene de Huerta o nada viene de él. Y nosotros creemos que esto último es lo que ocurre. Es muy ilustrador que Schevill y Bonilla, que no supieron encontrar la fuente única de Cervantes, nos ofrecieran una olla podrida de ellas en sus anotaciones al breve pasaje, que desde el punto de vista de las fuentes dividen en cuatro partes: para la primera dan el libro VIII de Plinio, San Isidoro, Tamara, Sclino y Mosén Diego de Valera, sin que el lector sepa a cuál atenerse; para la segunda, de nuevo el libro VIII de Plinio, aunque hacen la importante salvedad de que "si Cervantes habla con frecuencia de estas metamorfosis en el *Persiles*, es recordando a Torquemada (*Jardín de flores curiosas*), o los capítulos del libro XVIII de la *Historia* de Olao Magno", es decir, no a Plinio ni mucho menos a Huerta; para la tercera, ofrecen dos textos italianos tardíos; la cuarta, en fin, es la que ellos, Avalor-Arce, y al parecer Tarkianen, creen provenir de la traducción de Huerta. Para nosotros, este aparato erudito no hace sino poner al descubierto nuestra ignorancia de la fuente única, que hay que ocultar con un amontonamiento de citas.

Nuestra tercera razón es la siguiente. Existen otros dos pasajes del *Persiles* (III, xiv, 98 y IV, xiii, 285) que, según Schevill y Bonilla, provienen también de Plinio, ahora de sus libros II y IV, respectivamente. Es bien sabido, sin embargo, que Huerta no publicó la traducción de éstos hasta 1624 (primer tomo) y 1629 (segundo tomo). Es lógico pensar, por ello, que Cervantes se documentara para ambos pasajes, así como para el que es motivo de controversia, en otra fuente que no ésta.

La última razón es de más peso. Teniendo en cuenta que Plinio contó con numerosísimas ediciones y traducciones, especialmente italianas, desde la invención de la imprenta hasta los tiempos de Cervantes, no es dable limitar su información a la traducción de Huerta, pues ni siquiera existen semejanzas textuales²⁴. Claro que de todas esas ediciones las que interesan para el caso de Cervantes son las italianas solamente. Llevados de esta sospecha, consultamos la de Christophoro Landino, aparecida en 1476. En efecto, toda la información cervantina se halla en ese texto. Aunque esto no significa que nuestro escritor manejara esa traducción, al menos indica que no tuvo que manejar necesariamente la española. Ya no se puede mantener, por tanto, la vinculación de Cervantes con ésta²⁵.

²⁴ E. W. GUDGER enumera 222 ediciones de Plinio en *Pliny's Historia naturalis: The most popular natural history ever published*, en *Isis*, t. VI, 1924, págs. 269-281. De éstas, 89 se publicaron entre 1500 y 1599. Bibliografía más reciente sobre Plinio puede encontrarse en H. LE BONNIEC, *Bibliographie de l'Histoire naturelle de Plin l'Ancien*, Paris, 1946.

²⁵ El pasaje de HUERTA puede verse en la ed. de Schevill y Bonilla en la pág. 341 del primer tomo. El de LANDINO es como sigue: "Che glhuomini si cōvertino in lupi & poi ritornino nella pristina forma dobbiamo credere che al tutto sia falso: o veramente crederemo tutte le cose faulose. Nientedimeno dimostreremo onde sia nata questa si ferma fama nel vulgo informa che tra le parole ingiuorose spesso uno e chiamato uersipelle cioè mutapelle. Euanthe auctore tra greci da nõ essere pocho stimato: scriue che qlli de Arcadia dicono che duna famiglia de la gente de Anteo se legge uno p̄ forte & cōducesi a uno stagno che e in qlla regiõne & lui appiccha le ueste a una quercia & di poi passa lo stagno & uane le selue & iui diueta lupo & con gl'altri lupi sta noue ani. Et se i qsto tẽpo sabstiene da le carni del huõ ritorna a lo stagno & ripassatolo idietro ritorna nella forma di pria: se nõ che e piu uecchio noue ani. Arrogueui Fabio che lui ritogle la ueste che hauea appicchata. Vedi adũ quãto si distẽde la credulita de greci" (*Historia naturale di CAIO PLINIO SECONDO...*, [Venetia, 1516], VIII, xxii).

En resumen: nada apunta a que los dos primeros libros se escribieran después de 1609, ni el pasaje pliniano nos da la fecha de 1599 como la de su comienzo.

Ahora bien, si el primer libro, y por lo tanto el segundo, no parece que se compusieran después de 1609 y nada indica que se redactaran a partir de 1599, ¿cuándo los empezó Cervantes? Dar una respuesta rotunda sería enormemente ingenuo, pero hay una fecha límite que es, como luego veremos, bastante probable, y es la de 1580; no que se empezaran a escribir *en* esta fecha, sino que *no pudieron escribirse antes*. En cuanto a la fecha de terminación de ambos libros, podría decirse que es anterior a la del *Quijote I* (1605), pero esto no puede ser más que una hipótesis, como luego también veremos. Por el momento nos vamos a limitar a tratar de demostrar que estos dos libros son bastante anteriores a los dos últimos y que tanto unos como otros constituyen dos partes tan diferenciadas que, al mostrarnos un cambio tan radical e imprevisto de planeamiento y tono, lo que en realidad nos muestran son dos fechas de redacción bien separadas.

Aquí debemos referirnos a hechos observados por todos los que se han acercado, incluso los que lo han hecho tímidamente, a esta novela cervantina. En primer lugar, la opinión unánime es que los dos últimos libros son mejores que los dos primeros; el tercero, en especial, es superior a todos. Por otro lado, casi toda la crítica admite que el *Persiles* es un libro fallido — bien es verdad que a veces con razones muy poco convincentes —, aunque posee bellezas comparables a las del *Quijote* y a algunas de sus mejores novelas; estas bellezas se sitúan casi ineludiblemente en ese tercer libro. Debemos señalar también esa opinión expuesta de pasada por Entwistle, a quien siguió, también muy de pasada, Dámaso Alonso, sobre el haberse aprovechado Cervantes de páginas escritas en su juventud; sin que ello se haya intentado demostrar, lo cierto es que ambos eruditos percibieron el aire juvenil de ciertas páginas de la novela. Nadie se explica tampoco cómo pudo escribir Cervantes esta novela después de

haber hecho el *Quijote*, el *Coloquio* y el *Rinconete*; nuestra novela es el más alto obstáculo para entenderle; todo lo que sabemos de Cervantes se derrumba como por encanto al concederle una fecha tardía. La abismal diferencia entre una y otra parte, por lo demás, es reconocida — aunque no en su verdadera significación cronológica — generalmente: en la primera, nos lleva el autor a las regiones hiperbóreas, nos llena la cabeza de peripecias, naufragios, anagnórisis y fenómenos sobrenaturales, todo de forma que hoy nos parece — aunque no lo es según la retórica de la época — muy poco convincente, mientras que en la segunda estamos en España e Italia y las páginas se empapan de un prodigioso realismo; a éstas añadiremos otras de mucho más relieve. Deseamos, en fin, llamar la atención sobre la tesis de Singleton, rechazada tácitamente, pero no analizada con cuidado ni aceptada en lo que tiene de bueno, a pesar de sus numerosas incongruencias. Por nuestra parte, debemos confesar que fue su trabajo el punto de partida de nuestras meditaciones. Dar sentido a todas estas opiniones es lo que vamos a tratar de hacer ahora.

Las diferencias entre una y otra parte son más profundas que las vistas por los muchos críticos apresurados que ha tenido la novela.

Comenzando con Heliodoro, toda la crítica insiste en que influyó en Cervantes. Ello es cierto, pero sólo hasta cierto punto, como ya indicó Menéndez Pelayo y demostró conclusivamente Schevill. Este, en un sólido estudio sobre ambas obras, que hemos citado arriba, concluye los siguientes paralelismos en los dos escritores: Clariquea decide permanecer casta hasta no llegar a la meta de sus andanzas, lo mismo que ocurre con Auristela; Teágenes y Clariquea se hacen pasar, como nuestros héroes, por hermanos; Clariquea finge, como Auristela, aceptar a un pretendiente; tanto los héroes de una y otra novela son de origen noble; en ambas obras un desconocido excita la curiosidad de los circunstantes, por lo cual éstos le preguntan detalles sobre su persona; si Clariquea puede ser reconocida por un collar y un anillo dejados

por su madre, Auristela posee una cruz de diamantes que cumple el mismo servicio; ambos escritores exaltan al máximo la belleza de sus heroínas; la de Heliodoro clama amargamente sobre su herido Teágenes, como la de Cervantes lo hace sobre el herido Periandro; Clariquea y Auristela enferman de amor; los héroes realizan hazañas de fuerza y destreza; en las dos obras aparecen sueños, portentos, profecías, venenos, filtros y hechizos; la fortuna arrebatada a unos y a otros; consideraciones sobre la vida, el destino o la adversidad las hacen los dos escritores; la técnica narrativa es en ambos, en fin, bastante similar: narración hecha por personajes a horas intempestivas, el intercambio de relato entre ellos, la interrupción y continuación del relato y éste como alivio para quien lo hace.

Schevill llega, al final de su estudio, a una interesante conclusión, aunque no saca substancia alguna de ella, y es que la semejanza entre Heliodoro y Cervantes se limita casi enteramente a la primera parte del *Persiles*. Ello nos parece lo más lógico si aceptamos la propuesta de que fue la parte escrita con bastante anterioridad a la segunda. En sus años ancianos, Cervantes no podía someterse impunemente a la apabullante influencia de nadie, por muy prestigioso que su nombre fuera. En esos años primerizos, Cervantes no se ha manumitado todavía de la gravidez de los maestros y es por ello por lo que su *Galatea* y este su primer *Persiles* abundan en fuentes e imitaciones; no ocurrirá esto más tarde ni, sobre todo, con esta profusión. Por lo demás, ¿cómo se explicaría ese cambio tan radical entre la última página de la primera parte y la primera de la segunda? Sería absurdo pensar que el novelista escribe unas y otras páginas sin pausa temporal abundante y reflexiones intermedias, porque hay que notar que la presencia heliodoriana no se muestra jamás en semejanzas textuales, como ha indicado el propio Schevill; si así fuera, se explicaría quizá que un buen día Cervantes decidiera desembarazarse del texto que hasta el día anterior ha tenido en su mesa. No es así. La presencia del novelista griego es más sutil, honda y compleja, ya que se halla como *substratum* de todo el sistema inventivo cervantino, quien no hace

sino imitar — compitiendo, como él se jactaba — los rasgos generales de quien era el modelo del género. El impacto de Heliodoro es un impacto invisible, pero omnipresente, en esa primera parte. En la segunda no lo está. Y no lo está simplemente porque Cervantes ha desarrollado su personalidad hasta librarse del maestro, con el que ya ni siquiera trata de competir. Por si fuera poco, el *Quijote* es precisamente una parodia de los modelos y la afirmación de libertad más robusta que jamás hizo Cervantes. No se comprendería por qué nuestro novelista iba a desandar un camino ya caminado.

También la influencia de la *Encida* sobre el *Persiles* está universalmente aceptada. Schevill, que también hizo este estudio²⁶, nos indica qué libros de la obra virgiliana son los que influyen en la novela; son éstos el IV, donde se nos cuenta una novela amorosa, y el V, en que se describen los juegos en honor de Anquises. La novela amorosa del *Persiles*, procedente de la virgiliana, es la que se nos narra en la isla de Policarpo (II, II-xvii); los juegos en honor de Anquises tienen su correspondiente en los de Persiles en dicha isla (I, xxii) y luego en la carrera de barcas de la isla de los pescadores (II, x). Debemos apresurarnos a hacer constar que esta presencia virgiliana es exclusiva de la primera parte del *Persiles*, aunque Schevill no lo hiciera notar. Otros momentos de la *Encida*, no exclusivos de esos libros IV y V, también tienen su equivalencia en el *Persiles*, aunque de nuevo sólo en la primera parte. Reuniendo unos y otros en un haz, digamos que son los siguientes: el amor de Sinforosa por Persiles, que corresponde al de Dido por Eneas; Sinforosa tiene incluso una hermana, Policarpa, como Dido tenía a Ana; las quejas de Dido son las que Cervantes pone en boca, no de Sinforosa, sino de su padre el rey Policarpo; Persiles cuenta la historia de sus aventuras mientras está en la isla, tal y como lo hace Eneas; la escapada de nuestro héroe de esta isla es similar

²⁶ *Studies in Cervantes. III, Persiles y Sigismunda. III*, en *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences*, t. XIII, 1908, págs. 475-548.

a la del héroe virgiliano, sin que falte el correspondiente incendio; la Zenotia cervantina, en fin, tiene su paralelo en la Massilya de Virgilio. Schevill señala otros paralelismos que, aunque no implican necesariamente deuda con Virgilio, pudieran ser reminiscencias. Esta reserva habría que hacer también a las siguientes semejanzas señaladas por Schevill: los primeros libros de la *Eneida* están llenos del espíritu peregrinatorio de que abunda la primera parte del *Persiles*; en ambas obras hay descripciones de la noche y la tempestad, episodios de embarque y desembarque, de partida, ausencias y separaciones, así como lamentaciones, deseos de morir y quejas; unos y otros peregrinos desconocen su situación geográfica; a los héroes se les describe idealizando su apariencia; se habla de sueños y portentos; la fortuna juega un papel similar en ambas obras; el poeta y el novelista llegan, en fin, a usar incluso frases similares. Referimos al lector para la minuciosa comprobación de todo esto al detallado estudio del investigador americano. Lo que a nosotros nos toca decir es que, con levísimas excepciones, la presencia de Virgilio es más que predominante en los dos primeros libros, sobre todo en la larga narración de la isla de Policarpo y en los juegos atléticos. Todo lo demás podría venir de Virgilio o no, y el propio Schevill no dogmatiza sobre ello.

Creemos extraordinariamente significativo el hecho de que tanto Heliodoro como Virgilio se encuentren sólo en la primera parte; si la presencia de uno podría ser casual, aunque se precisaría gran generosidad crítica para aceptar esta opinión, la de los dos es altamente sospechosa. Es evidente que Cervantes está tratando de “competir con Heliodoro”, como él decía, pero ahora queda claro que trata de competir también con Virgilio, cuya obra era para los lectores de entonces una novela de aventuras. El paso giganteo que hay de esta parte del *Persiles* al *Quijote I* es también el que hay entre los dos primeros libros de la novela que estudiamos y los dos últimos, salvando, por supuesto, las diferencias cualitativas con el *Quijote*. En el *Persiles II* se encontrarán reminiscencias ocasionales de algunos autores y, más que reminiscencias, alguna que otra cita, casi siempre traída de memoria y no

umbilicalmente libresca; lo que no se encontrará son modelos, como no es posible que los tuviera quien ya había aprendido a liberarse de ellos.

Si se nos permite ahora agrupar los textos del *Persiles* en los que el sabor eruditesco es muy acusado, trataremos de mostrar con la fuerza contenida en esos textos que detrás de ellos tiene que haber una distinta forma de trabajar. Bastará citar aquí sólo el más extenso por ser el que más explícita y favorablemente expone nuestro punto de vista, limitándonos en los demás a hacer ligera referencia a ellos²⁷. En su propio beneficio, el lector debe excusarnos de lo largo de la cita.

En la conversación donde se trata de racionalizar el episodio de Rutilio, que ha volado de Toscana a Noruega y matado a la hechicera convertida en lobo, se nos ofrece amplia información libresca, empezando por Arnaldo, que pregunta si es cierto que “en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se han convertido en ellos”, a lo que responde Mauricio:

Eso no puede ser en Inglaterra, porque en aquella isla templada y fertilísima no sólo no se crían lobos, pero ninguno otro animal nocivo, como si dijésemos serpientes, víboras, sapos, arañas y escorpiones; antes es cosa llana y manifiesta que, si algún animal ponzoñoso traen de otras partes a Inglaterra, en llegando a ella, muere; y si de la tierra de esta isla llevan a otra parte a alguna tierra y cercan con ella a alguna víbora, no osa ni puede salir del cerco que la aprisiona y rodea hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender de esto de convertirse en lobos es que hay una enfermedad, a quien llaman los médicos manía lupina, que es de calidad que al que la padece le parece que se ha convertido en lobo y aúlla como lobo, y se juntan con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y los montes, ladrando ya como perros o ya aullando como lobos. Despedazan los árboles, matan a quien encuentran y comen la carne cruda de los muertos, y hoy día sé yo que hay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterráneo, gentes de este género, a

²⁷ Cualquier alusión específica que hagamos a fuentes, o hayamos hecho, lleva siempre una gran dosis de inseguridad. Se precisa un trabajo serio sobre este aspecto del *Persiles*.

quien los sicilianos llaman lobos *menar*, los cuales, antes que les dé tan pestífera enfermedad, lo sienten, y dicen a los que están junto a ellos que se aparten y huyan de ellos, o que los aten y encierren, porque, si no se guardan, los hacen pedazos a bocados y los desmenuzan, si pueden, con las uñas, dando terribles y espantosos ladridos. Y es esto tanta verdad que, entre los que se han de casar, se hace información bastante de que ninguno de ellos es tocado de esta enfermedad. Y si después, andando el tiempo, la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. También es opinión de Plinio, según lo escribe en el lib. 8, cap. 22, que entre los árcades hay un género de gente, la cual, pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de una encina y se entra desnudo la tierra dentro y se junta con la gente que allí halla de su linaje en figura de lobos y está con ellos nueve años, al cabo de los cuales vuelve a pasar el lago y cobra su perdida figura (I, XVIII, 116-117).

Que este largo pasaje procede de algún sitio es algo más que patente. Noticias parecidas, a lo menos en parte, se pueden encontrar en Plinio, Solino, San Isidoro, Mosén Diego de Valera, Olao Magno y muchos otros.

Pero no es este texto el único. Otra vez se nos habla de hechiceras que se convierten en lobos (I, VIII, 60), razón que se dice proceder del *Jardín de flores curiosas* de Torquemada. El nacimiento del pájaro barnaclas se nos describirá con todo detalle más adelante (I, XII, 84), pasaje cuya información se ha creído encontrar en Olao Magno, Torquemada, Cortés Valenciano y Mosén Diego de Valera. La comparación más adelante de la lengua maldiciente con una espada de dos filos y con el rayo, que rompe el acero sin romper la vaina (I, XIV, 98), podría proceder, indirectamente, de Plinio. Lo que se dice del pez naufrago en I, XV, 273, se encuentra en varios autores, pudiendo ser Olao Magno la fuente de Cervantes. En Torquemada parece hallarse el origen, en fin, de la descripción que nos hace Cervantes de las huestes de Cratilo en los mares helados del Norte (II, XVIII, 275).

A estas citas podrían agregarse otras, aunque de menos monta²⁸. Pero obsérvese: tanto unas como otras aparecen en la primera parte. ¿Se conserva este sostenido tono en los dos

²⁸ I, v, 32; I, XIV, 94; I, XVIII, 118; II, III, 170; II, XII, 244.

últimos libros? No, desde luego, con una sola excepción: el trozo en que se describe el monasterio de Santo Tomás (IV, XIII, 285), pues una mención a las grullas, de las que se dice que pasan el monte Limavo con una piedra en la boca (III, VIII, 84), abunda en la literatura del tiempo, formando parte del *thesaurus* de conocimientos de ciencias naturales que compartían los ingenios de la época²⁹.

Este aspecto es interesante porque viene a ratificarnos algo ya conocido de los estudiosos de su juvenil *Galatea*, y es que en este libro Cervantes entra a mansalva en sus fuentes. Tanto en ese libro pastoril, en efecto, como en este bizantino existe a las veces este prurito erudito — no necesariamente científico, pues puede ser filosófico — que el propio Cervantes satirizó en el prólogo al *Quijote*; no se trata ya de modelos o imitaciones, sino de tener abierto un libro sobre la mesa y copiar párrafos enteros de él. En la obra madura de Cervantes, como parece ser la segunda parte del *Persiles* — y para el caso, en el resto de su obra, con la excepción de sus comedias y novelas primerizas, donde este tono no es de esperar —, ya no ocurre esto; lo que haya de erudición, especialmente de erudición científica, aparece digerido y asimilado.

Reflexionemos. ¿Cómo se explicaría que un autor deje de sazonar de pronto su novela con esta pimienta erudita? ¿Por qué dejar de consultar de pronto a Olao Magno y Torquemada, a Pero Mejía y Francisco de Tamara, a Piero Quirino y a Niccolò Zeno, o cualesquiera que sean sus mentores? No deseamos entrar en el significado de esta pasividad ante libros ajenos, pues tanto podría tratarse de falta de madurez como de necesidades intrínsecas de la ambientación de la novela: o bien podría ser mero prurito de mostrar erudición, que es el virus de su siglo. Lo que parece incontrovertible para nosotros es que se trata de un modo de escribir, de una manera distinta de ver el fenómeno literario, que con lo erudito busca un público diferente, además. En la segunda parte, por otro lado, vemos al autor enfrentado con la desnuda

²⁹ Por ejemplo, en *La Arcadia* de LOPE, en SOTO DE ROJAS en su *Égloga III*, en Sor JUANA INÉS DE LA CRUZ, en el mismo *Quijote*, etc., etc.

realidad; son ahora los contenidos de su experiencia los materiales con los que va a hacer literatura.

No sólo en el tono erudito, sino también en otras facetas puede verse este radical cambio de perspectiva. De los personajes del *Persiles* se ha dicho, y esto sin excepciones por parte de los críticos, que son acartonados y como entelequias. Así Mauricio es el Sabio, Clodio el Maldiciente, Policarpo el Viejo Lascivo, Sousa Coutinho el Enamorado, Antonio el Soberbio, Antonio hijo el Bárbaro, Rutilio el Lujurioso, Rosamunda la Impúdica, Transila la Casta... Parecida cargazón modélica, aunque no siempre tan a las claras, llevan otros personajes, como Renato y Eusebia, Selviana y Solercia, Leoncia y Sulpicia, Zenotia, Sinforosa, etc. La voluntad de Cervantes en este sentido queda patentísima en las historias protagonizadas por Antonio, Sousa, Rutilio, Transila, y Renato y Eusebia, que son símbolos de nacionalidades. Ahora bien, todos estos personajes se pasean por los dos primeros libros; sólo algunos de ellos nos acompañan en el tercero y cuarto (Antonio y su familia, pero sólo persisten hasta el final los hijos). ¿Dónde están los personajes acartonados de los libros compuestos, según nosotros, después de 1606? Repárese en esa Luisa, criada de Toledo, o en Bartolomé su amante, eco no muy lejano de Sancho³⁰; o en Tozuelo y Coveña, aldeanos de rompe y rasga. ¿Dónde se hallan en la primera parte esos fugaces personajes de Alonso y Martina, criados de mesón, o Juan de Orellana y Francisco Pizarro, o los fingidos cautivos y los alcaldes, la Rafala morisca, Isabela Castrucho y Andrea Marulo y la fea peregrina? ¿Dónde aparecen ese Pirro Calabrés y el autor de comedias, los judíos de Roma o los Villaseñor de Quintanar? Ni siquiera hay que intentar una descripción de ellos, pues la misma onomástica — y nada hay más diacrítico que un nombre — refleja ya un cambio copernicano en la galería humana. Y lo mismo se diga de la toponimia: Lisboa,

³⁰ Aprovecho esta oportunidad para retractarme de mi nota *Dos olvidos de Cervantes: el rucio de Sancho y el bagaje de Bartolomé*, aparecida en *Hispanófila*, t. XXXVI, 1969, págs. 7-9. No existe tal olvido en el *Persiles*.

Badajoz, Trujillo, Quintanar, Valencia y tantos otros lugares. No, no puede dar el escritor un giro tan radical si no existe por medio una intensificación de procedimientos, de maneras de seleccionar, de reflexiones literarias, de vida y experiencia, en suma. Cualquier novelista, sin necesidad de documentación alguna, vería en estas dos formas del *Persiles* el intermedio de una peregrinación. De la noche a la mañana un escritor da un giro al argumento, mata un personaje y procrea otro, introduce descripciones o las suprime, reforma un capítulo o lima el estilo; lo que no puede hacer es novelar de forma distinta y mejor.

Obsérvese que esta distinta configuración de los personajes viene impuesta, en gran parte, por su propio nacimiento. Si aquéllos acartonados de la primera parte los da a luz Cervantes después de haberlos engendrado en su intelecto — ovíparo llamaría Unamuno a este procedimiento —, los de la segunda, por su misma realidad histórica o social, se encuentran ya formados fuera de él; es decir, son producto de un viviparto. Son tan diferentes los entes novelescos de una y otra parte como lo son los de las novelas ejemplares llamadas realistas e idealistas, entre las cuales, y precisamente por ello, casi todo el cervantismo está conteste en señalar dos épocas de composición. Y esto sin mencionar lo que hay en la novela de autobiográfico, como el eco existente del incidente Ezpeleta (III, ix, 89), la escena de justicia conyugal quién sabe si vista en Sevilla (III, vii, 76) o los detalles sobre la vida en Argel y las galerías (III, x). Todo esto, que se halla en el segundo *Persiles*, sería más que suficiente para mostrarnos un artista diferente. Falta, en cambio, lo autobiográfico del *Persiles* primero, pues el altercado de Antonio con un hidalgo de su pueblo (I, v) no es tal, aunque tanto se haya insistido en ello; es más: es libresco³¹. En resumen: el *Persiles II* se distingue del *Persiles I* en que en aquél el autor ha incorporado un mundo personal y vivo, no pintado, al tapiz de la ficción.

³¹ Véase J. B. AVALLE-ARCE, *Deslindes cervantinos*, Madrid, 1961, pág. 84.

Hay una razón muy poderosa, por otro lado, para hacernos pensar que las dos partes han sido concebidas en momentos muy distintos. Esta razón es poderosa porque incide en los procesos de creación subconscientes del artista. Nos referimos a la cronología novelística.

Se ha afirmado repetidas veces el caos del *Persiles* respecto a los datos históricos que contiene. Mientras que un personaje nos refiere cómo peleó a las órdenes de Carlos I en Alemania, otro hace alusión a la vuelta de la Corte a Madrid en el reinado de Felipe III. Hechos que se sitúan en el de Felipe II aparecen también, como son la referencia a la *Jerusalén* de Tasso y a la muerte del príncipe don Sebastián.

Nosotros pensamos, con todo, que la cronología del *Persiles*, con alguna levísima excepción, no puede ser más armónica. Para comprender esta chocante afirmación, basta pensar en el *Persiles* no como novela escrita en cuatro libros, sino como novela escrita en dos partes; esto es, cada parte posee su propia y armónica cronología. Si no es siempre absolutamente perfecta, ello se debe a la falta de rigurosidad propia del novelista, que no pretende ser historiador; caótica no lo es nunca.

Comenzando por la primera, tomemos la historia de Antonio como eje de nuestras pesquisas.

Después de habernos dicho este personaje que se fue a Alemania a las guerras que allí hacía Carlos I (I, v, 32) — que, como se sabe, tuvieron lugar en 1547 —, nos cuenta cómo regresó a su pueblo y el incidente allí acaecido con el hidalgo, tras lo cual marcha de nuevo a Alemania, luego regresa a España, de donde pasa a Lisboa. Una vez embarcado en la nave inglesa, la tripulación lo arroja en una barca al mar, del que se salva arribando a la isla bárbara. Ahora bien, ¿qué edad tenía Antonio al alistarse para Alemania? Cervantes nos da la respuesta cuando nos dice que, en el momento en que el lector lo conoce, su aspecto era “de poco más de cincuenta años” (I, iv, 29), y también que su hija Constanza, a quien ha tenido de sus amores con la bárbara Ricla, era “de hasta quince años” (I, iv, 30). Si lleva, pues, unos dieciséis años en la isla y a sus venidas de Alemania a su pueblo y viceversa

se les concede, conjcturalmente, alrededor de un año, tenemos que han transcurrido unos 17 años desde su alistamiento; es decir, tenía entonces 33. Todos estos datos no son en absoluto casuales, pues otros vienen a corroborar el buen cuidado que Cervantes puso en la cronología de estos dos primeros libros. En efecto, al ver Antonio por vez primera a Ricla en la isla dice que era ella "de hasta edad de quince años" (I, vi, 43). Si tiene de ella una hija de 15, Ricla debe de tener ahora el doble de entonces y, en efecto, Cervantes nos dice que tenía "hasta treinta" (I, iv, 30). Aunque sólo nos referimos por el momento a los dos primeros libros, nos vemos obligados a citar las palabras de la madre de Antonio cuando éste vuelve a su tierra en el libro tercero: "ha al pie de diez y seis años — dice — que falta de esta tierra" (III, ix, 88). Estas palabras casan casi perfectamente con nuestro cómputo.

Pues bien, si ahora referimos a la historia de Antonio las restantes alusiones históricas, observaremos que todas simpatizan con ella a la perfección, pues Antonio está contando su relato hacia 1565. Estas alusiones son: una cuando el irlandés Mauricio declara haber visto a Carlos I "cerrado en un monasterio" (II, xix, 310), lo que ocurrió en 1556, y otra cuando un hermano del francés Ruperto anuncia más tarde la muerte del Emperador, sucedida en 1558 (II, xxi, 320); indiquemos que es imposible determinar la fecha en que ambas afirmaciones se hacen. No podemos, por otra parte, tomar en cuenta las alusiones a las guerras de Transilvania (II, xxi, 320) y a la de una isla rebelada contra Inglaterra (I, xxi, 138) porque las primeras no se pueden precisar y, en cuanto a la segunda, hubo varias rebeliones irlandesas en el xvi. Lo único que desarmoniza del todo con esta cronología es esa Rosamunda, que vivió nada menos que en el siglo xii.

Por lo demás, existen tres alusiones históricas que hasta ahora no se han tenido en cuenta; si bien ninguna nos da una fecha precisa, ninguna desmiente nuestras afirmaciones anteriores. La primera es la que hace Antonio al narrar cómo se embarcó en Lisboa en una nave "en la cual iban algunos caballeros ingleses que habían venido, llevados de su curiosidad, a ver a España y, habiéndola visto toda o, por lo menos, las

mejores ciudades de ella, se volvían a su patria" (I, v, 35). Naturalmente que estas palabras hay que situarlas antes de la derrota de la Armada (1588), pues después de esta fecha no estaban las relaciones anglo-españolas para estos alardes turísticos. La segunda alusión la encontramos en la historia de Sousa Coutinho, quien nos dice que su rey lo "envió por capitán general a una de las fuerzas que tiene en Berbería" (I, x, 70); malamente podría suceder esto después de la anexión de Portugal en 1580, aparte de que a este Sousa lo conoció Cervantes en Argel entre 1575 y 1580. El tercer dato, en fin, lo hallamos en las palabras de la hechicera Zenotia, según las cuales hubo de salir de Alhama "habrá cuatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores que en aquel reino tienen del católico rebaño" (II, viii, 215), es decir, de los inquisidores, como ella explicita líneas más adelante. Estas palabras, donde no hay alusión al rey ni a su decreto de expulsión, deben de referirse, aunque esto es hipotético, a una época anterior a ésta, quizá a la de la rebelión morisca de 1567.

Los anatemas recaídos sobre el *Persiles* no tienen, pues, el más mínimo fundamento, al menos en lo que toca a estos dos primeros libros. Pero veamos ahora los siguientes.

Como anteriormente, tomemos ahora la historia del polaco Ortel Banedre como eje de nuestra investigación. Su historia nos servirá para fijar la cronología novelística de esta parte después de 1606, aunque veremos que Cervantes parece situarla en un momento en 1600.

Este personaje nos dice que vino a España siendo muchacho y de ella pasó a Lisboa, donde le ocurrió el dar muerte al hijo de doña Guiomar de Sosa. En el encuentro del asesino con la dama portuguesa, hallamos el primer dato para situar el tiempo de la novela, pues le dice aquélla al matador las siguientes palabras: "aunque fuérades mil veces castellano, os libraré yo, si pudiera, y os libraré, si puedo" (III, vi, 65). ¿Qué significado tendría esta frase si Cervantes no supusiera que la acción se sitúa después de la anexión de Portugal en 1580, cuando los sentimientos nacionalistas se exacerbaban contra Castilla? Bien sabemos que esto no es ni mucho menos definitivo, pero sí lo será a la luz de otras alusiones en la historia

de este polaco. Este, en efecto, deja Lisboa para dirigirse a las Indias, donde permanece, según él, “quince años” (III, vi, 69), después de los cuales regresa a la capital lusitana y de allí se dispone a ir a Madrid, “donde estaba recién venida la corte del gran Felipe tercero” (III, vi, 69). Si esto último sucedió en 1606 y Banedre ha residido quince años en las Indias, es obvio suponer que el asesinato de Lisboa ocurrió en una época inmediatamente anterior a 1591, es decir, después de la anexión de la nación hermana, como las palabras de doña Guiomar nos mostraron. Que en estos dos últimos libros estamos ya en época posterior a la anexión viene a demostrarlo el epitafio de Sousa Coutinho que los peregrinos encuentran en Lisboa; en él se dice que “no murió a las manos de ningún castellano” (III, i, 13). De nuevo latén en estas palabras resquemores nacionalistas causados por la anexión.

Pero es el episodio de los fingidos cautivos el que sin duda parece venir a destruir la buena armonía cronológica de esta parte, pues en él nos cuentan su esclavitud en una galeota turca de la que era capitán Dragut; esta galeota, se nos añade, venía perseguida por cuatro galeras cristianas al mando de don Sancho de Leyva. Incomprensible parece que los cervantistas se hayan apoyado en estas alusiones para afirmar el desbarajuste cronológico del *Persiles*, pues es obvio que quienes refieren este relato son fingidos, y no verdaderos, cautivos; es decir, no los vivieron verdaderamente, sino que los oyeron de otros (III, x, 105). Ello es tan así que uno de los alcaldes que presencian el relato de los estudiantes trata de castigarlos por no ser verdad nada de cuanto cuentan, ya que él mismo se encontró cautivo en la dicha galeota de Dragut (III, x, 103) y, encima, estuvo preso cinco años en Argel (III, x, 105). Como de este alcalde nos dice Cervantes que es anciano (III, x, 101), no parece descabellado deducir que hacia poco después de 1606, que es cuando se sitúa hasta ahora la acción de la novela, tendría unos ¿sesenta años? y que, por ende, bien pudo encontrarse en la galeota de Dragut hacia 1564, por ejemplo; esto es, un año antes de morir este corsario y cuando el alcalde tendría unos dieciocho. Y lo curioso es que la asociación con Cervantes se hace inevitable

gracias a ese cautiverio argelino. Más curioso aún es que Cervantes tenía unos sesenta años al escribir esta escena.

Existen, por otra parte, cuatro datos históricos a los que hay que clasificar fuera del tiempo novelístico. Nos referimos a la *vaticinatio post eventum* que hacen el mago Soldino y su gemela en la galería de cuadros del monseñor romano. En la primera (III, XVIII, 175-176), Soldino 'predice' la muerte de Alí Pachá a manos de don Juan de Austria en la batalla de Lepanto (1571) y la del príncipe don Sebastián en Alcazarquivir (1578). En la de la galería (IV, VI, 243), se nos habla de *La Jerusalén libertada*, aparecida en 1581, y de *La invención de la Cruz*, de Zárate, que, por haber nacido hacia 1585, no pudo escribir este poema antes de, digamos conjeturalmente, 1605, aunque lo más probable es que lo escribiera años más tarde. Nadie podrá negar la desavenencia de estos datos, tanto entre sí como en relación a los del resto de la novela, pero también es verdad que no son parte integrante de la vida de los personajes, sino artilugios literarios del escritor, que se limita a hacer, en un caso, elogios muy retrospectivos y, en el otro, de un jovencito paniaguado contemporáneo suyo. Este es un tiempo interpolado, no novelístico, que contaba con la connivencia del lector de entonces, que así lo entendía.

Por lo demás, los otros dos datos históricos que han servido de base a los cervantistas para afirmar el caosismo temporal de esta novela son la referencia a la edición de las *Obras* de Garcilaso (III, VIII, 78) y a la expulsión de los moriscos. Aunque Cervantes no alude a esta última como ocurrida, como hemos tratado de demostrar más atrás, no importaría que así fuera, pues en una forma u otra encaja bien dentro de la cronología de los dos últimos libros, que se sitúan después de 1606. En cuanto a las *Obras* de Garcilaso, bien es verdad que éstas aparecieron en 1543, pero también lo es que nada hace suponer que el escritor se refiera a la primera edición; nada hay en el pasaje que así lo indique. No entenderíamos, de todas formas, por qué Cervantes había de hablar de una edición aparecida incluso antes de nacer él. ¿Por qué no referirse a la de 1600 de Madrid por Luis Sán-

chez, o a la del mismo año de Lisboa por Mariz, o a la de 1604 hecha en Nápoles por Pedro Lasso?

Otro dato que viene, en fin, a confirmar la cronología propuesta por nosotros asoma en el episodio en que el conde entra herido en la casa de los Villaseñor. El moribundo, al declarar su última voluntad, afirma lo siguiente: “Yo salí de mi casa con intención de ir a Roma este año, en el cual el Sumo Pontífice ha abierto las arcas del tesoro de la Iglesia y comunicádonos, como en año santo, las infinitas gracias que en él suelen ganarse” (III, ix, 92). Más tarde (III, xiii, 136) se insiste en ello. Todo parece indicar, a la vista de los otros datos de esta parte, que ese año sea el del jubileo de 1600, pues en tiempos de Cervantes se celebraban jubileos cada veinticinco años.

Extraño resulta que un escritor sitúe su novela en dos épocas distintas sin existir para ello razones genéticas de relieve. A los extraordinarios cambios existentes entre los dos primeros y los dos últimos libros viene a sumarse éste misteriosísimo. Que el *Persiles* está concebido como un todo dividido en dos partes asoma ahora como más evidente, así como que esta escisión no semeja ser fruto de una determinación repentina. El día en que un nuevo Freud revelara los mecanismos psíquicos de la creación literaria se comprendería mejor cómo esta diferencia de tiempos novelística no es voluntaria, sino subconsciente.

La misma manera de contar nos pone también sobre aviso. En la primera parte, el escritor agarra por los pelos una oportunidad cualquiera para embutir la historia de sus personajes; esta técnica la repite hasta cinco veces en las historias del español, el portugués, el italiano, la irlandesa y los franceses; simplicísima manera de contar. En la isla de Policarpo, donde los héroes y sus acompañantes viven la historia y no les es contada simplemente, la técnica narrativa cambia, pero en pocos momentos de su carrera — no recordamos de hecho ninguno — habrá sido Cervantes menos afortunado en agilidad narrativa. Su técnica se reduce, con aburrida insistencia,

a presentarnos dos personajes que dialogan; a través del diálogo se informa al lector del desarrollo de la acción; esto ocurre a partir del capítulo II del segundo libro. Así tenemos a Periandro hablando con Auristela, Arnaldo con Clodio, Sinforosa con la heroína, de nuevo Clodio con Arnaldo, Auristela con Periandro, Policarpo con Sinforosa, Clodio con Rutilio, Sinforosa con Auristela, Rutilio con Clodio, Auristela con Periandro, aquélla con Sinforosa, Antonio hijo con Zenotia, ésta con Antonio padre, éste con su hijo, Policarpo con Zenotia... La simplicidad de esta técnica — atención: técnica teatral que pudiera indicar la novelización de una obra teatral propia o ajena — trata Cervantes de arreglarla intercalando la larga historia de Periandro contada por sí mismo, pero no sin que llegue a aburrir, por su longitud, a sus lectores y desde luego a sus oyentes, pues que existen en el libro comentarios muy explícitos a este respecto³²; lo cual, claro está, viene a mostrar que Cervantes estaba muy consciente de su falla.

Cambia mucho de técnica el novelista en los dos últimos libros. Ahora no son añadidos estos casos de fortuna, sino parte integral de la vida de los héroes; ya no se cuentan historias postizas, sino que los protagonistas quedan enzarzados en ellas. Persiles, por ejemplo, casi parece por salvar a una dama a la que un hombre intenta arrojar desde una torre; en Roma lo toman preso por maquinaciones de Hipólita la Ferraresa; el episodio de los falsos cautivos lo presencian físicamente los héroes, así como el de Feliciano de la Voz; en el de Diego de Parraces llegan incluso a ser encarcelados; dígame lo mismo del de Isabela Castrucho, en cuya confabulación ellos ponen su grano de arena; las peripecias de Luisa y Bartolomé son apéndices de la vida de los peregrinos, pues este último es criado suyo; y así otros casos más. La historia añadida es ahora, más bien, un acontecer en sus vidas. La geometría narrativa de la novela desaparece para dar paso a un retablo de figuras. Es la mirada del novelista la que se ha profundizado. Ahora compone un friso de personajes don-

³² I, vi, 45; II, xi, 238, - xv, 276, 279, - xvi, 285, - xxi, 317.

de cada uno convive con los que le preceden y le siguen. No es fácil radiografiar ahora la novela en busca de una armazón técnica; aunque existe, es una armazón compleja y llena de matizaciones. Los que no busquen más que el documento aceptarán a duras penas esta honda diferencia, que cualquier artista admitiría sin esfuerzo. Para nosotros, esta complejidad técnica no se aprende en un día y ahí están los años que transcurren entre la *Galatea*, que, como luego veremos, participa de técnicas del *Persiles*, y el *Quijote* para mostrarlo.

En resumen: entre los dos primeros libros del *Persiles* y los dos últimos existen profundas diferencias que apuntan a distintas fechas de composición. A las señaladas por nosotros, AVALLE-ARCE añade algunas más que hay que tener muy en cuenta, y que son brevemente las siguientes: a) en la primera parte no existe el elemento cómico, pero sí en la segunda; b) el autor no aparece en la primera mitad, pero “irrumpe por todos lados y casi domina la acción en la segunda”, y c) veinticinco capítulos de un total de cuarenta y cuatro existentes en la primera parte tienen epígrafes propios, mientras que en la segunda sólo los tienen tres de un total de treinta y cinco³³.

³³ En la *Suma*, pero también en la *Introducción*. Agreguemos, por nuestra parte, que estamos en todo de acuerdo con él en sus dos primeros puntos; el segundo, en especial, es de una importancia notoria teniendo en cuenta, como el propio AVALLE-ARCE hace constar, que ese procedimiento lo empleó Cervantes exhaustivamente en el *Quijote*, y este libro está, según nuestras conjeturas, entre el *Persiles* primero y segundo. En lo que disintimos es en lo de los epígrafes; no creemos que ello apunte a fechas de redacción. Dejaremos aquí constancia, por lo demás, de algunos hechos de menos interés que, sin embargo, vienen a corroborar nuestros puntos de vista. Uno es que si estudiamos el *Persiles* en confrontación con las ideas novelísticas de su autor, observaremos que la segunda parte es un perfeccionamiento de ellas y que éstas aparecen explícitamente con cierta frecuencia en esa parte, mientras que brillan por su ausencia en la primera; vemos en esto una intensificación de las meditaciones sobre preceptiva novelística que preocupaban al autor. Por otra parte, la racionalización que hace de fenómenos extraordinarios es mucho más aparente e intensa en la parte última. Si, además, Cervantes usó, como pudiera ser, la *Silva* de PERO MEJÍA y el *Jardín* de TORQUEMADA para su *Persiles*, lo cierto es que los usa sólo en la primera parte; en los años que transcurren hasta la segunda su opinión sobre

La comparación del *Persiles* con otras obras de Cervantes también puede rendir frutos, aunque aquí hay que andarse con pies de plomo. Lo ideal sería estudiar nuestra novela en confrontación con toda la obra cervantina; como ello no nos es posible por el momento, nos limitaremos a indicar en breve las semejanzas tan sospechosas con *La española inglesa*, *El amante liberal*, *La Galatea* y *El licenciado Vidriera*.

Lapesa, que estudió esa primera novela en relación con el *Persiles*³⁴, veía varios puntos de contacto entre ambas, que aquí no resumiremos, constriñiéndonos a señalar la conclusión de este erudito, para quien “las semejanzas interesantes asoman en el III libro y se congregan en el IV”. Es de interés indicar que, para Lapesa, *La española inglesa* fue escrita entre 1609 y 1611; obra tardía, pues, como parece serlo la segunda parte del *Persiles*³⁵.

Las relaciones con *El amante liberal*, por otra parte, no han sido estudiadas, aunque varios críticos han apuntado esta vinculación de pasada, como aquí haremos nosotros. Destaquemos las evidentes semejanzas del episodio del cadí y su esposa Halima, que se enamoran de Ruperto y Leonisa, con el del rey Policarpo y su hija Sinforosa, que lo hacen de *Persiles* y Sigismunda; en ambas novelas existe incluso un relato de ambas heroínas donde cuentan lo a ellas acaecido durante la separación de sus amadores. Lo pertinente del caso es que el episodio del *Persiles* se halla en la primera parte y que *El amante liberal* sea, según la mejor crítica, de factura muy temprana; por lo demás, son evidentes los elementos bizantinos de esta novela corta.

estos libros cambió como lo muestra la sátira que dirige al *Jardín* en el *Quijote* (I, vi) y la alusión despectiva que hace más tarde en esta novela a misceláneas del tipo de la *Silva*. En fin, la crítica social es mucho más abundante en la segunda parte.

³⁴ RAFAEL LAPESA, *En torno a La española inglesa y el Persiles*, en *Homenaje a Cervantes*, ed. por F. Sánchez Castañer, II, s. 1., Mediterráneo, 1950, págs. 494-515.

³⁵ Véase ahora AVALLE-ARCE, *Introducción*, así como *La captura de Cervantes*, en *Boletín de la Real Academia Española*, t. XLVIII, 1968, págs. 237-280, donde apoya los juicios de Lapesa.

Elementos bizantinos existen, por otro lado, en *La Galatea* —especialmente en la historia de Timbrio y Silerio—, como los críticos han apuntado repetidas veces, quienes, además, han agregado semejanzas de lenguaje³⁶. Y a este respecto, añadiremos aquí algo para corroborar estas asociaciones. Si agrupamos las notas a *La Galatea*, en la edición de Avalle-Arce³⁷, donde se citan pasajes del *Persiles* similares en fraseología o contenido, observaremos que en una gran proporción las citas de esta novela pertenecen al libro II, es decir, al libro que, con el I, debió de escribirse en una época temprana. Como la fecha de *La Galatea* no presenta problemas y además se trata de una novela de mucho resuello, es por ella por donde habría de comenzar la confrontación con el *Persiles*, lo que, por su complejidad, haremos en ocasión más propicia. Nos limitaremos a señalar aquí que *La Galatea* presenta cinco historias intercaladas (las de Lisandro, Teolinda, Timbrio, Rosaura y Leonarda) como ocurre en el primer *Persiles* (las de Antonio, Rutilio, Sousa, Transila y Ruperto); las demás historias de la novela pastoril no hacen más que bosquejarse, sin que ninguna se termine. ¿Indica esto de por sí que ambas novelas estén escritas en la misma época? Desde luego que no; sólo indica que la forma interior de ambas es, en este y otros respectos, muy parecida. Aunque sea en su escueta simplicidad, esto había que enunciarlo.

Para terminar con *La Galatea*, permítasenos llamar la atención sobre lo inepto de la afirmación de Schevill y Bonilla, quienes decían que, al escribir el *Persiles*, *La Galatea* parece fue ojeada “más de una vez”³⁸; es decir, que Cervantes puso su primera novela sobre la mesa 25 años después y copió párrafos de ella. Lo lógico es pensar que partes del *Persiles* se escribieron en aquellos años de aprendizaje.

Señalemos, para terminar, algunas concordancias entre el *Persiles* y *El licenciado Vidriera*. Como este trabajo está a punto de publicarse en otro sitio, daremos aquí sólo un

³⁶ SCHEVILL y BONILLA, págs. xxxi-xxxii de la introducción a su ed.

³⁷ En la Colección Clásicos Castellanos (Madrid, 1961).

³⁸ *Ib.*, pág. xxxi.

breve resumen de ellas. En primer lugar, el viaje por Italia de ambas novelas posee una sorprendente semejanza, en especial en lo que Cervantes nos dice en ambas de Milán y Lucca. En segundo lugar, la ruta que siguen los peregrinos y Tomás Rodaja para llegar a Italia, y éste, para volver a España, presenta vinculaciones genéticas de relieve. Algo en común que también comparten ambos libros es la historia amorosa de Rodaja y la de Periandro en Roma con Hipólita la Ferraresa. De interés, asimismo, es la estrecha relación de uno de los dichos de Vidriera³⁹ con las palabras finales de la historia de Isabela Castrucho (III, xxi, 199); el final de esta historia ha sido intensamente influido por la sentencia del loco estudiante. Las semejanzas, en fin, entre los aforismos de éste con los del antologizador de ellos que aparece al final del *Persiles* (IV, I, 206) son también de relieve, aunque nosotros les concedemos mucha menos importancia que la que generalmente se les da. Nuestra conclusión en ese trabajo es la siguiente: “Si las concomitancias entre el *Licenciado* y esta novela sólo aparecen a partir del libro III de ésta, el que no aparezca ninguna concomitancia con ella en los dos primeros libros del *Persiles* debe de indicar que éstos se hallaban ya redactados en 1601”. Esta fecha es la límite para la composición de la novela ejemplar.

Si existiera una historia de la novela bizantina en España —lo cual está pidiendo un estudio impacientemente—, se habrían visto hace tiempo las coincidencias existentes entre *El peregrino en su patria* de Lope y el *Persiles* de Cervantes. Recordemos que nuestro autor parte de Heliodoro, ante todo, aunque también incorpora a Virgilio en forma considerable, como mostró Schevill. Ahora bien, ¿quiere esto decir que al componer su *Persiles*, Cervantes se aísla de toda la literatura de su época? ¿Es que Cervantes reinventa *ex nihilo* un género fallecido? No es así, por supuesto, pues, aunque escasa, exis-

³⁹ Pág. 75 de la ed. de F. Rodríguez Marín en la Colección Clásicos Castellanos.

tía antes que él una novela bizantina en España; tales sean el *Clareo y Florisea* de Alonso Núñez de Reinoso, *La selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras y *El peregrino* de Lope; esto sin contar con las muchas interferencias que este género tuvo en la novela sentimental y en la pastoril, así como en el teatro⁴⁰. De estos tres imprescindibles hitos anteriores al *Persiles* sólo se ha estudiado el primero en conexión con nuestra novela, en la que, según quien lo ha estudiado, influye sin duda alguna, aunque sus opiniones no son siempre convincentes⁴¹. Si se estudiara el libro de Contreras, quizá se llegaría a conclusiones similares, lo que dejaremos para otro lugar por no ser ahora necesario para la fechación de nuestra novela. Aquí nos interesa sólo señalar unas cuantas ideas acerca de *El peregrino*, sin el cual no creemos que pueda entenderse totalmente el *Persiles*.

No vamos a referirnos, por supuesto, a influencias del Lope narrador sobre Cervantes, aunque nada tendría ello de escandalizador para quien medianamente conozca las dotes innovadoras de Lope. Es decir, no es una fuente del *Persiles* lo que deseamos indicar, al menos una fuente en el significado restrictivo que a esta palabra se le suele dar. Hay fuentes de muchas especies y, entre las menos socorridas, se hallan las que Morize llamó generadoras, las cuales ofrecen al escritor la idea inicial, el tema o, y éste es nuestro caso, "the setting and contexture of the work"⁴². Para nosotros, el *Persiles* es un eslabón más en la cadena histórica de la novela bizantina española y es menester que en él existan, por ello, fenómenos que no se entenderían del todo de no ser examinados en relación con sus precedentes. Algunos de estos fenómenos, nos parece, no se explican sin otros semejantes en *El peregrino*,

⁴⁰ GABRIEL ALBINIO MARTÍN, *Heliodoro y la novela española (apuntes para una tesis)*, en *Cuadernos de Literatura*, t. VIII, 1950, págs. 215-234, y el prólogo de F. LÓPEZ ESTRADA a su ed. (Madrid, Real Academia Española, 1954) de la *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*.

⁴¹ ROBERTO J. PALOMO, *Una fuente española del Persiles*, en *Hispanic Review*, t. VI, 1938, págs. 57-68.

⁴² ANDRÉ MORIZE, *Problems and Methods of Literary History*, New York, 1966, págs. 118.

que se publicó en 1604. Ahora bien, estas semejanzas de fondo y contextura, algunas muy específicas, se hallan exclusivamente en la segunda parte del *Persiles*; no en la primera porque esta parte estaba ya probablemente escrita antes de la aparición de *El peregrino*.

En primer lugar, la primera novela bizantina española que adquiere plena y enteramente un sentido católico es la de Lope; no la de Contreras, como tantas veces se ha dicho olvidando que su *Selva* fue incluida en el *Index expurgatorius*. No es que la de Contreras, a pesar de ese anatema, no lo sea, sino que no lo es tan abiertamente como la de Lope, en quien uno de los propósitos centrales es hacer una apología católica. Es menester por ello vincular la novela de Cervantes, que entre todas sus obras es la única donde hace explícitas, específicas y extensas profesiones de fe, con la de Lope.

La voluntad católica del *Persiles*, con todo, no es exclusiva de la segunda parte; ya aparece en la primera al declarárenos que sus héroes son peregrinos cuya meta es Roma y, más expresamente, en el credo de Ricla (I, vi, 45). Ahora bien, no es hasta la segunda cuando esta actitud vital de sus personajes se materializa en peregrinaciones a lugares sagrados concretos, pues visitan los monasterios de Belén y Guadalupe, Nuestra Señora de la Esperanza en Ocaña, pasan por el de Monserrat y se habla con relativa amplitud de Santa María de la Cabeza. En Lope, encontramos a los diversos personajes peregrinando a Monserrat, Guadalupe, la basílica del Pilar en Zaragoza y Santiago de Compostela. No es la coincidencia de lugares, que no es ni podría ser total —una fuente es más 'generadora' mientras menos reconocible sea—, sino precisamente esta materialización de la fe lo que hace muy sospechosa la coincidencia. Por si fuera poco, estos monasterios son casi siempre lugares marianos en ambos autores; este carácter marial, además, se va a mostrar de otras formas en nuestros dos escritores, de nuevo muy sospechosamente. Innecesario es decir que nada así existe en Contreras, quien ni por casualidad inserta un elogio de la Virgen.

Ahora bien, el carácter mariano del *Persiles* es casi exclusivo de los dos libros últimos; aparte de las visitas a esos templos, lo más relevante a este respecto es el canto a la Virgen de Feliciano de la Voz (III, v, 54-57). Este canto nos lleva irremediamente al que Pánfilo dirige a la madre de Dios a punto de ser ejecutado⁴³. Lope insiste mucho más que Cervantes en este objeto de su devoción, pues mucho más adelante va a dedicar un buen número de páginas a hacer los loores y a contar los milagros de la Virgen (págs. 94-102), aparte de los sonetos a la de Monserrat y las poesías a la del Pilar y a la de Guadalupe. No puede ser casual tampoco esa milagrosa voz que Feliciano posee. En *El peregrino* se habla de un mancebo con "una milagrosa voz" que se ha hecho cartujo, y, luego, de otros dos cantores de la Casa Real que se han hecho agustinos y a quienes Lope dedica un poema (pág. 135). Ni en estos casos ni en ningún otro, por supuesto, hay paralelismos verbales. Tampoco puede pensarse en *imitatio* en el sentido más noble de reelaboración consciente de un tema. Se trata simplemente de ser Lope quien introduce innovaciones en la novela que van a reaparecer en Cervantes; aunque el vehículo por el cual le llegan a éste estas innovaciones es probablemente una lectura directa, si bien remota y semiolvidada, ni siquiera esto es seguro. Puede deberse meramente a un contagio a través de un intermediario, aunque no sabemos que exista. En los vericuetos de una generación, todo tipo de intercambio es posible.

El que la novela de Lope se abra en el año del jubileo no deja de ser también significativo; a Italia se dirige Pánfilo para ganar las gracias del año santo. El recuerdo del conde herido del *Persiles*, que hacia allá se dirigía por igual motivo, se hace inevitable. En Cervantes se habla luego de las tres damas francesas, Deleasir, Belarmina y Feliz Flora, las cuales "con ocasión de ir a Roma a ganar el jubileo de este año, que es como el centésimo que se usaba, han salido de su tierra" (III, XIII, 136). En Lope serán más tarde Nise y Pán-

⁴³ Colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso, de Frey Lope de Vega Carpio, Madrid, 1776-1779, V, pág. 21.

filo los que lleven a Roma a Axá y Fátima para bautizarlas; es el año santo y van todos cuatro en hábitos de peregrinos. Esta y otras menciones de Cervantes al año santo hacen ocasionalmente de su novela literatura conmemorativa, como lo es de cabo a rabo la de Lope. No podemos dejar de mencionar, asimismo, la afirmación tácita de acatamiento a la autoridad papal que este viaje a Roma implica. Ambas novelas, en este punto, no son meramente apologías católicas sino impugnaciones protestantes. El lector que consulte ambos libros encontrará profusos ejemplos antirreformistas, tanto en materia papal como en otras, especialmente en la ya indicada exaltación marial. Por ser muy sobresaliente este tono en los dos escritores, este paralelismo no parece ser casual. Nada así asoma en Contreras tampoco; de hecho, el carácter reformista de la historia de Birtelo quizá explique su inclusión en el *Índice*.

En cuanto a la *razzia* berberisca del *Persiles*, existe en Lope una escena muy similar. La introducción que hace Lope de esta escena parece en todo esbozo de la del *Persiles*:

Entre Tortosa y Castellón se levanta un collado, cuya falda cierra el mar, costa del Valle de Segó y Reino de Valencia, donde los moros de Argel salen de sus galeotes cuando con la oscuridad de la noche no son vistos de las atalayas y, escondidos por aquellas calas y recodos, hacen sus presas, no sólo en los pescadores, pero en los míseros caminantes; y tal vez se ha visto, si vienen muchos, llevarse los lugares enteros de aquel valle, o guiados de algún renegado o rendidos por la traición de sus moriscos, que codiciosos de pasarse al Africa, venden la tierra (pág. 140).

En el *Persiles*, como aquí dice Lope, la *razzia* tiene lugar de noche; pretenden (aunque no lo consiguen) llevarse a nuestros caminantes, se llevan el lugar entero y existe la traición de un morisco; por si fuera poco, la escena cervantina parece tener lugar en Cullera, es decir, en un lugar geográficamente idéntico¹⁴.

¹⁴ Véase FRANCISCO GINER, *Cervantes y los moriscos valencianos*, separata de los *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, Valencia, 1962, 23 págs. Las *razzias* de *La Galatca* (ed. Avallé-Arce, t. I, pág. 136) y *Los baños de Argel* (jornada 1) hacen, sin embargo, cuestionable este paralelismo, aunque lo incluimos por ser la del *Persiles* la más semejante al pasaje de Lope.

Un incidente que le ocurre a Pánfilo nos recuerda sobremedida el de nuestros peregrinos con Diego de Parraces (III, iv). Pánfilo encuentra un hombre herido, el cual exclama: "Caballero soy... y muerto a traición de las manos que más beneficios han recibido de las mías" (pág. 404). Pánfilo recoge al herido, expira éste y subsiguientemente es aquél encarcelado; más tarde se aclara su inocencia. Estas líneas generales corresponden en todo con las del episodio cervantino.

Necesitaríamos hacer un estudio muy minucioso de ambas obras — así como de las de Reinoso, Contreras y otros — para poner de relieve toda la fuerza de gravedad que *El peregrino* ejerce sobre el *Persiles*; nos limitaremos por ello a agregar algunos de los detalles que están más a la mano. En la novela de Lope se habla de un escuadrón de soldados que llega a una villa (pág. 9), como en Cervantes vemos en la villa de Quintanar (III, ix). Tanto en una como en otra novela se habla de los antípodas (III, xi, 111 y pág. 17). En ambas se efectúan representaciones teatrales, aunque en Cervantes no se hace más que aludir a ellas. Una galería de retratos existe en *El peregrino* (pág. 289) como la hay en la mansión del monseñor romano de la novela de Cervantes (IV, vi, 243). Tanto en ésta (III, i, 13; III, ix, 97; IV, iv, 258) como en la de Lope (págs. 402, 461) existen resúmenes de la acción hasta ese momento; es bien sabido que este procedimiento es muy inusitado en Cervantes. Por lo demás, la preocupación que Cervantes muestra en varios pasajes por la verosimilitud de su obra (III, xvi, 155; III, xviii, 174) tiene su correspondiente en un pasaje muy significativo de *El peregrino* (págs. 298-300). Muchos otros elementos comunes a ambas novelas — edad de los héroes, promesa de castidad de la heroína, pasar por hermanos, etc. — se encuentran en la tradición bizantina.

Pero lo más significativo, a nuestro juicio, es lo que no se puede precisar con referencias textuales. Además de la intención católica de la novela, Lope trae a España, Francia e Italia, pero sobre todo a España — y ello con un inmediatismo del que carece Contreras —, la exótica geografía de la

novela bizantina. Esta fusión de lo maravilloso-ficticio con lo realista-inmediato confiere a lo fantástico un inestimable poder de persuasión y admiración. Ve el lector la realidad ahora como una metamorfosis embellecida. Y es éste el gran giro que da el *Persiles* II respecto del I, pues casos maravillosos ocurren tanto en una como en otra parte. No es, pues, lo inesperado y fabuloso lo que sólo le preocupa a Cervantes ahora sino el realce de su efectividad situándolo en un mundo conocido. Pero es éste el gran descubrimiento de Lope, del que el título de la novela —un verdadero acierto— es expresión clara. Lo mismo se diga de la inmediatez temporal. Al localizar estas aventuras contemporáneamente, como hará Cervantes en la segunda parte pero no en la primera, Lope les inyecta esa sensación temporal propia de la Historia, no de la Poesía, lo cual las hace más creíbles. Y es este problema de la verosimilitud —con el que Cervantes batalló toda su vida y resolvió para siempre en el *Quijote*— el que éste, como Lope, y mejor que Lope, trata de resolver en esta segunda parte con nuevos criterios de espacio, de tiempo, de concepción de personajes y de técnica narrativa. No le quitamos a Lope, con todo, el mérito de haber explotado este hallazgo, al menos dentro de la novela bizantina. *El peregrino en su patria*, cuya influencia en el extranjero no fue poca ni dejó pasar mucho tiempo para sentirse, necesita de ésta y otras reivindicaciones⁴⁵. Como su héroe, también fue Lope peregrino en su patria; hagámosle también profeta.

⁴⁵ He aquí una de ellas: su bibliografía, que no siempre ha sido fácil de compilar; algunos de estos títulos son bien indicativos de la resonancia de este libro: EMIL KOEPEL, *Quellen-Studien zu den Dramen Ben Jonson's, John Marston's und Beaumont's und Fletcher's*, en *Münchener Beiträge zur romanischen und englischen Philologie*, t. XI, 1895, especialmente págs. 100-103 (la fuente de *The Pilgrim*, de Fletcher, es *El peregrino*); LUDWIG PFANDL, *Cervantes und der spanische Spätrenaissance-Roman*, en *Idealistische Philologie: Jahrbuch für Philologie*, t. I, 1925, págs. 373-392, donde se refiere a esta novela sin la comprensión de desear; H. CARRINGTON LANCASTER, *Lope's Peregrino, Hardy, Rotrou, and Beys*, en *Modern Language Notes*, t. L, 1935, págs. 75-77 (la novela de Lope como fuente de la *Lucrèce* de Hardy, la *Céliane* de Rotrou y el *Hôpital des fous* de Beys); ARTURO FARINELLI, *Peregrinos de amores en su patria de Lope de Vega*, en *Homenatge a Antoni Rubió i Lluch*, I, Barcelona, 1936, págs. 581-602 (trabajo muy retórico con alguna observación aprovechable);

Antes de proseguir, desearíamos sacar unas conclusiones sobre las fechas en que se redactó el *Persiles*. Ya hemos visto que las últimas páginas de él se escribieron en los últimos meses de la vida del autor (octubre 1615-abril 1616) y que el libro III — al menos desde el capítulo vi (y casi seguro desde el iii) hasta el capítulo xi — es muy probable que se escribiera entre 1606 y 1609. Entre 1613, en que está puesto a pique para dar la novela a la imprenta, y octubre de 1615, en que anuncia que no la ha terminado, es razonable suponer que la dejó reposar por la razón que expusimos al principio. Ahora bien, ¿en qué fecha pudo escribir los dos primeros libros, cuyas diferencias tan profundas hemos tratado de hacer ver?

Dijimos atrás que antes de 1580 es del todo improbable que comenzara a escribirlos y que es muy probable que los terminara antes de 1605, fecha del *Quijote*. Sobre ninguna de estas dos fechas se puede dogmatizar, pero no dejará de poseer algún valor el traer a colación un par de hechos dignos de tenerse en cuenta.

Uno es que el incidente de Antonio con un hidalgo de su pueblo sobre la fórmula de tratamiento (I, v) no es autobiográfico. Esto se sabe desde hace mucho tiempo, aunque no ha pasado a los que han escrito sobre el *Persiles*. La excep-

ALFONSO REYES, El peregrino en su patria de Lope de Vega, en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, t. V, 1937, págs. 643-650 (probablemente lo mejor de esta escasa bibliografía); MERLE I. PROTZMAN, 'Les illustres fous' de Charles Beys, Baltimore, 1942; R. C. MAASZ, *Lope de Vega: Ghost Story*, en *Notes and Queries*, t. CLXXXIV, 1943, pág. 206 (el cuento de fantasmas mencionado por G. BORROW en *Wild Tales* se halla en *El peregrino*); RUTH NUTT HORNE, *Lope de Vega's 'Peregrino en su patria' and the Romance of Adventures in Spain before 1604* (Ph. D. Dissertation), Brown University, 1946, que no hemos visto; G. D. TROTTER, *Notas sobre un manuscrito de G. Borrow*, en *Revista de Literatura*, t. XVI, 1959, págs. 159-164 (la traducción manuscrita hecha por BORROW del cuento de fantasmas del *Peregrino* se halla en la Hispanic Society de Nueva York); F. W. VOGLER, *La première apparition en France du Peregrino de Lope de Vega*, en *Bulletin Hispanique*, t. LXVI, 1964, págs. 73-83; y STEPHEN GILMAN, *The best ghost story in the world?*, en *Homenaje a Rodríguez Moñino*, I, Madrid, 1966, págs. 193-196 (que incomprensiblemente deja a un lado toda la bibliografía anterior). Hemos amasado esta larga nota con la esperanza de que algún joven investigador se interese por esta novela.

ción se halla en Avalle-Arce, que en 1961 volvió sobre ello haciendo ver de manera rotunda que esas páginas proceden directamente del *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan, libro que se editó en 1575⁴⁶. Como desde ese año hasta el de 1580 Cervantes estuvo en el cautiverio, no es sensato suponer ninguna de dos: que lo conociera allí y ni mucho menos que escribiera entonces esos libros del *Persiles*. El incidente de Antonio se nos cuenta casi al principio mismo de la novela; no pudo, pues, empezar a escribirse ésta sino después de su vuelta a España.

El otro hecho lo ofrece el capítulo XLVII del *Quijote*, primera parte, en el que el canónigo nos da su opinión sobre los libros de caballerías. El párrafo es largo y se ha citado mucho, pero merece copiarse de nuevo para comodidad del lector:

Y dijo que, con todo cuanto mal había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas; pintando un capitán valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ahora un alegre y no pensado acontecimiento, allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada, aquí un caballero cristiano, valiente y comedido, acullá un desaforado bárbaro fanfarrón, acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores. Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante, si quisiere [...] Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo, que tire lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que, después de acabada, tal perfección y hermosura muestre que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho. Porque la escritura desatada de estos libros da lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico,

⁴⁶ Véase la nota 31.

trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica también puede escribirse en prosa como en verso.

Por supuesto que la cita de este pasaje se ha hecho inevitable para los que han hablado del *Persiles*, con el que se ha visto una estrecha relación. A este efecto, se han citado a continuación las palabras del propio canónigo en el siguiente capítulo, donde añade tener él escritas más de cien hojas de un libro de ese género. Y hasta muchos cervantistas han pensado también en la posibilidad de que sea el propio Cervantes quien hubiera escrito ese libro, pues es bien sabido que este canónigo es muchas veces una cobertura del escritor. Amezúa llegaba incluso a preguntarse por el paradero de ese manuscrito y a lamentarse de su pérdida. Ahora bien, nosotros queremos creer que ese manuscrito no está perdido, sino impreso desde 1617 con el título de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Y es que hay que notar algo importante, no advertido hasta ahora: que las palabras del canónigo casan bien con la primera parte del *Persiles* y casi nada con la segunda. Para nosotros, por ello, su discurso no es un esbozo, como generalmente se ha afirmado, sino un resumen de nuestra novela, opinión que ya tuvimos oportunidad de hacer constar hace algún tiempo⁴⁷.

No hemos de apurar un testimonio que es cuestionable —al menos que se le mire a la luz de lo que hasta aquí llevamos dicho—, pero no dejaremos de traer a cuento una de las razones por las que el canónigo dejó de escribir ese libro, y es que no quiso que le ocurriera lo que a las buenas comedias del tiempo: que sólo cuatro discretos las entienden y ello “al cabo de haberme quemado las cejas por guardar

⁴⁷ En nuestro artículo citado del *Boletín de la Real Academia Española*, págs. 63-64. AVALLE-ARCE llega a la misma conclusión: “En resumidas cuentas: el discurso del canónigo toledano es excesivo para guión de algo en fáfara, aparte de que una adhesión tan minuciosa a una planilla iría contra todo lo que se conoce de la práctica literaria de Cervantes. El discurso es, pues, un rápido prontuario, en que la memoria revolotea libremente de una a otra aventura ya escrita, sin mayores distingos de categorías” (*Suma*).

los preceptos referidos". Hoy sabemos, gracias sobre todo a Edward Riley, que el *Persiles*, por inverosímil que se nos aparezca, se ajusta en casi todo a la preceptiva de su tiempo⁴⁸.

No debemos concluir de lo que hasta ahora hemos afirmado que Cervantes escribiera su libro en tres o más sentadas sino en tres o más momentos de su vida. Creemos poseer evidencia para mostrar que su composición fue espaciada, incluso dentro de cada período. No hemos de detenernos en esto ahora porque requiere muchas páginas, pero adelantaremos en lo que nos basamos. Se trata de los muchísimos olvidos y contradicciones que asoman en la novela. Es ésta una peculiaridad cervantina a lo largo de toda su obra; existen en su teatro, en sus novelas cortas y en el *Quijote*. Ahora bien, en ningún momento llegan al número abrumador del *Persiles*. Es su cantidad, y a veces su importancia, lo que aquí llama la atención. Estos cuantiosos olvidos bien es verdad que pueden indicar falta de revisión del original, de lo que no cabe duda muchas veces. También podrían indicar todo lo contrario, por paradójico que ello suene. Es bien sabido que al corregir una obra un autor puede olvidarse de enmendar otros detalles atinentes con la nueva corrección, que ahora los demanda modificar. Pero esto no es creíble en el caso del *Persiles*, pues el escritor lo terminó casi en las ansias de la muerte. Para nosotros, tanto olvido y contradicción está indicando largas pausas en la composición. Citaremos un sólo caso.

Al contarnos la historia de Ruperta, Cervantes nos dice que ésta "hase puesto en camino de Roma para pedir en Italia a sus príncipes favor y ayuda contra el matador de su esposo, *que aún todavía la amenaza*" (III, xvi, 161). Estas palabras están escritas al mismísimo final de ese capítulo. Al pasar al siguiente, y nada menos que en el mismo

⁴⁸ *Teoría de la novela en Cervantes* (Madrid, 1966).

comienzo, el lector queda sorprendido al leer que Ruperta tenía tanta sed de vengarse de su contrario que, "*aunque sabía que era ya muerto*, dilataba su cólera por todos sus descendientes". No puede olvidarse Cervantes de lo que ha escrito líneas antes si entre ambos capítulos no ha mediado un tiempo relativamente considerable. El olvido, por otra parte, no es de poca importancia; en cuestión de líneas ha matado un personaje. De seguir vivo, qué duda cabe que hoy no tendríamos la historia de Ruperta y Croriano, sino otra diferente⁴⁹.

En resumidas cuentas: el *Persiles* parece que se escribió en diferentes épocas y no solamente al final de la vida del autor. Así semejan indicarlo las diferencias que existen entre los dos primeros libros y los dos últimos: presencia de Heliodoro y Virgilio en los primeros, abuso de lo libresco y lo acartonado de los personajes en éstos, en oposición a la carencia de ambos rasgos en los segundos, el distinto tiempo novelístico de ambas partes y la diferencia de técnicas narrativas. La comparación con otras obras de Cervantes de las que se conocen las fechas viene a corroborar las diversas fechas de composición de las dos partes, así como *El peregrino* de Lope podría indicar el cambio de tono de la última. Por lo demás, la fecha de 1599 que se ha propuesto como la de iniciación de la novela no puede fundamentarse a base del texto pliniano, ni tampoco la de 1609 apoyándose en los *Comentarios* del Inca; dígase lo mismo, para esta fecha, de la de la expulsión de los moriscos. Más insostenible es la opinión que afirma que todo el *Persiles* es obra de juventud. La hipótesis que hemos tratado de verificar es la de que los

⁴⁹ Hemos hecho un trabajo sobre *Olvidos y vacilaciones de Cervantes en el Persiles*, que aparecerá próximamente, donde anotamos alrededor de medio centenar. AVALLE-ARCE se hará cargo de algunas de estas anomalías en su edición de la novela. Para él, estos olvidos demuestran "no sólo una redacción hecha en períodos distintos, sino también la falta del pulido final" (*Suma*, n. 3).

dos primeros libros del *Persiles* se redactaron antes de 1605 y después de 1580; el tercero, entre 1606 y 1609; y el último, como era admitido, en los últimos meses de vida de Cervantes. Muchos olvidos y contradicciones parecerían sugerir, finalmente, que la composición de la novela fue espaciada incluso dentro de cada período.

RAFAEL OSUNA.

University of North Carolina
at Greensboro.